

SEDMED

Seguridad y Defensa en el Mediterráneo



NÚÑEZ VILLAVERDE, Jesús A. y HAGERAATS, Balder (2005) “Las armas de destrucción masiva en el Mediterráneo: estado de la cuestión y perspectivas”, en SOLER i LECHA, Eduard y GARCIA, Irene, *IV Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. Diez años del Proceso de Barcelona: resultados y nuevos objetivos*.

Barcelona: CIDOB/Ministerio de Defensa, pp. 117-184

SEDMED
Seguridad y Defensa
en el Mediterráneo

www.sedmed.org

Este artículo es el resultado de la ponencia presentada en el IV Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. Diez años del Proceso de Barcelona: resultados y nuevos objetivos, organizado en Barcelona por CIDOB y el Ministerio de Defensa los días 19 y 20 de Septiembre de 2005.

LAS ARMAS DE DESTRUCCIÓN MASIVA EN EL MEDITERRÁNEO: ESTADO DE LA CUESTIÓN Y PERSPECTIVAS

Jesús A. Núñez Villaverde

*Director del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria,
IECAH*

Balder Hageraats

Investigador del IECAH

Introducción

El informe sobre **Las armas de destrucción masiva en el Mediterráneo: estado de la cuestión y perspectivas** parte de una iniciativa de la Fundación CIDOB, que responde a un interés sostenido desde hace ya tiempo por las cuestiones de seguridad y defensa en el Mediterráneo. Parte de esa dedicación se plasma en los seminarios internacionales sobre seguridad y defensa en el Mediterráneo, que con carácter anual vienen celebrándose en Barcelona desde el año 2002. Con ocasión de su cuarta edición se ha logrado concretar una idea que ya se había puesto de manifiesto en años anteriores, intentando ofrecer tanto a quienes asisten directamente a sus sesiones como a la amplia comunidad de seguridad interesada por los asuntos de la región textos de partida que, junto a la información actualizada, ofrezcan elementos básicos para el análisis sistemático sobre temas de interés común y favorezcan el debate y la reflexión sobre ellos.

Pocos argumentos se necesitan hoy para justificar la pertinencia de dedicar un porcentaje considerable del esfuerzo a realizar al estudio de las armas de destrucción masiva (ADM)¹. Entre los principales elementos que absorben la atención de los actores implicados desde diferentes instancias en la seguridad de la zona sobresale, junto con el terrorismo internacional, la realidad de una amenaza, como la que representan las ADM, que afecta en primera instancia a todos los países ribereños, pero que extiende asimismo su efecto desestabilizador mucho más allá de sus límites geográficos.

Desde esa perspectiva, las páginas que siguen pretenden ser el punto de arranque de un esfuerzo analítico con vocación de continuidad en el tiempo que se plantea como horizonte final la consolidación de un Mediterráneo libre de ADM. Estamos, en la actualidad, todavía muy lejos de ese objetivo, e incluso las tendencias más poderosas parecen

1. El término preciso de Armas de Destrucción Masiva fue fijado por la Organización de las Naciones Unidas en agosto de 1948, cuando la Comisión de la ONU para las Armas Convencionales tuvo que decidir qué armas quedaban fuera de su campo de trabajo.

apuntar en ocasiones en una dirección muy distinta, pero no por ello cabe dar por cerrado el paso a una aspiración de esa naturaleza. En el camino para hacerla factible parece necesario poner en marcha un ejercicio que implique tanto a actores gubernamentales, como a organismos internacionales y a actores civiles de todo tipo, estableciendo con la mayor precisión y objetividad posible dónde estamos actualmente (sin olvidar de dónde venimos) y cuáles son las variables en juego para ir configurando ese futuro que debe servir de estímulo a todos quienes apuestan por un Mediterráneo más seguro, más justo y más sostenible.

Entendido, por tanto, como una aportación que se suma a otras ya existentes –y que sólo adquirirá pleno sentido en la medida en que pueda ser proseguida en años posteriores, contando con la colaboración de quienes puedan contribuir a iluminar las zonas oscuras de un terreno tan controvertido como éste– el presente informe aspira a:

- Contribuir a la generación de un clima de confianza regional, iniciando un proceso regular de análisis, abierto a la participación e intercambio de información sobre estas materias entre los países implicados en la seguridad mediterránea.
- Establecer un riguroso estado de la cuestión, con el límite marcado por la disponibilidad de información pública sobre estas materias, que sirva como herramienta básica para el análisis de la seguridad mediterránea en este campo.
- Apuntar los rasgos principales del desarrollo previsible en este terreno, tanto en términos globales de seguridad regional como en relación con las cuestiones temáticas más significativas y con los países más identificados con estas materias.
- Identificar y analizar las principales propuestas e iniciativas que en temas de no proliferación de ADM se desarrollen para la región.
- Constituir el embrión de un futuro proyecto de actualización permanente de los datos recogidos en este primer informe.

Asumiendo que en esta primera presentación no será posible responder satisfactoriamente a la totalidad de los objetivos mencionados, las páginas que siguen se centran en recoger y analizar sintéticamente los datos ofrecidos por diversas fuentes sobre la realidad actual de las ADM en el Mediterráneo y las dinámicas que impulsan los actores presentes en la zona (apartado III), así como un análisis del fracaso de la diplomacia internacional en materia de no proliferación (apartado IV). Con esa idea se dan a conocer los arsenales y los programas de ADM en marcha en los tres subconjuntos regionales de la zona (Magreb, Oriente Próximo y Oriente Medio), sin por ello olvidar que el Mediterráneo es una realidad estratégica única. En cuanto a las perspectivas de futuro, su formulación se establece tomando en consideración la posibilidad de crear un nuevo orden de seguridad mediterránea alrededor de las ADM, con la aspiración ya mencionada de lograr algún día que la región quede libre de ellas.

Por otra parte, parece lógico enmarcar el tema de estudio en un contexto de seguridad que debe tomar en cuenta unas premisas de partida (apartado I), tanto conceptuales como metodológicas y de contenido, y unos condicionantes que influyen directamente en la evolución de las políticas de seguridad y defensa de los países de la zona en relación con las ADM (apartado II). En cuanto a estos últimos, y sin dejar de lado los de tipo histórico que se han ido perfilando a lo largo de las pasadas décadas, el punto de referencia viene marcado obviamente por el 11-S, momento en el que se plasman abiertamente unas orientaciones de seguridad que cierran abruptamente el esperanzador período de la post-Guerra Fría y que dominan el discurso y la práctica actual en el terreno de la seguridad y la defensa en todas las regiones del planeta.

En esa misma línea no cabe ocultar que la mayoría de las fuentes bibliográficas consultadas son de procedencia occidental, incluyendo a las israelíes. Si esto sería, en cualquier otro caso, criticable en sí mismo, por no presentar las perspectivas árabes en contraposición a las occidentales, se entiende que aquí dicha crítica debe ser atemperada por el hecho de que son esos mismos países quienes se niegan, en general, a aportar información pública y contrastada sobre sus planteamientos en estas materias. A menudo el discurso pretende sustituir, sin éxito, al análisis y las consideraciones mal entendidas sobre la seguridad nacional acaban por hurtar el debate sobre cuestiones que no deberían quedar al margen de la opinión pública nacional e internacional. Sin caer en ningún tipo de auto-satisfacción occidental, en la medida en que las zonas de sombra también son aún abundantes en el ámbito occidental (con Israel como ejemplo más acusado), se trata de una realidad que conviene superar inmediatamente, lo que únicamente se logrará en la medida en que se produzcan reformas internas a favor de la transparencia en el interior de esos países y en que consolide un clima de confianza mutua entre vecinos.

Se podrá, por tanto, echar en falta más y mejor información sobre algunos países y sobre algunos proyectos, pero eso, más allá de reflejar las propias deficiencias de sus redactores, sólo debe ser interpretado como una llamada adicional a la colaboración para mejorar un producto final que está, o debe estar, en el interés de todos. En definitiva, el informe es por definición mejorable; a pesar de ello, la aventura tiene sentido precisamente para concienciar sobre el tema y sobre la necesidad de abrir esas puertas que hoy se resisten si realmente queremos mejorar la seguridad de la región. Sólo si se puede repetir la experiencia en años posteriores y si se cuenta con la colaboración de otros, será posible avanzar en esa línea.

I. Premisas de partida

En apenas quince años hemos pasado de sentirnos abrumados por el peligro de orden planetario que representaban las ADM –sensación dominante durante la Guerra Fría– a su momentáneo arrinconamiento y olvido –con una despreocupación infundada que caracterizó los años noventa– para pasar hoy a considerarla nuevamente, junto con el terrorismo internacional, como la amenaza fundamental. Es elemental confirmar que vivimos en un mundo que, en términos de

seguridad, todavía deberá prestar atención durante décadas a las ADM como elementos principales de poder y de riesgo. Su importancia en la ecuación estratégica mundial no puede ser rebajada en ningún caso, puesto que el riesgo es obvio; pero tampoco debería sobredimensionarse su significación, hasta el punto de simplificar dicha ecuación, tal como algunos actores están intentando.

Dicho de forma más precisa: la amenaza de las ADM no es ni la única ni la más importante que hoy pende sobre nuestras cabezas. Ni lo es por sí misma ni en unión del terrorismo internacional, tal como tratan de hacernos creer quienes impulsan la mal llamada “guerra contra el terror”. Basta recordar los análisis efectuados durante la década pasada², cuando el fin de la Guerra Fría permitió enfocar la seguridad de manera más amplia para abarcar territorios y consideraciones multidisciplinares que llevaron al convencimiento de que la agenda debía incluir asuntos como la pobreza, la exclusión, el deterioro medioambiental, los efectos destabilizadores de los flujos migratorios, las pandemias, el narcotráfico o el crimen organizado, entre muchos otros. No era posible, ni tampoco lo es ahora, establecer una clasificación por orden de importancia entre esas amenazas o riesgos a la seguridad internacional. Todos ellos, incluyendo las ADM, deben ser atendidos por igual si se aspira a mejorar el clima de seguridad internacional. Desgraciadamente, y por lo que respecta a las voces dominantes en el panorama actual en este terreno, no parece que el mensaje haya calado suficientemente. Resulta inmediato percibir la diferencia de esfuerzos que se vuelcan en nuestros días para responder al peligro representado por el terrorismo y las ADM –atendiendo fundamentalmente a luchar contra sus síntomas más evidentes, sin prestar igual importancia a sus causas profundas– mientras siguen pendientes respuestas de similar contundencia para hacer frente a los demás apartados de ese mismo catálogo de amenazas.

En otro orden de cosas resulta asimismo conveniente señalar que, tal como apuntan otros analistas³, cada vez es menos útil emplear el concepto de ADM como un todo en el que se agrupan las armas nucleares con las químicas y biológicas, bajo la denominación tradicional de ADM⁴. Aunque en estas páginas se maneje dicho concepto y se

2. La Agenda para la Paz (ONU, 1992) no sería más que un ejemplo a mencionar, junto al Nuevo Concepto Estratégico aprobado por la OTAN en su cumbre de Washington (Abr-99).
3. En un informe de julio de 2005 (*Deadly arsenals: nuclear, biological and chemical threats*), publicado por el Carnegie Endowment for International Peace, sus autores (J. Cirincione, J. Wolfsthal y M. Rajkumar) señalan la necesidad de abandonar incluso el propio concepto de ADM, al entender que no es realista agrupar en una misma denominación a las armas nucleares, sustancialmente más poderosas y peligrosas, junto a las químicas y biológicas.
4. Aunque ya había anteriormente arsenales de armas químicas y biológicas en los arsenales de diferentes países, no fue hasta 1946 cuando se comenzó a utilizar el concepto de ADM. La Asamblea General de la ONU, en su primera Resolución (A/RES/1(1), de 24 de enero de 1946) estableció una comisión para tratar los problemas generados por el descubrimiento de la energía atómica. Entre las tareas que se le asignaron figuraba la de elevar propuestas para la eliminación de las armas atómicas de los arsenales militares y de cualquier otra “arma de destrucción masiva”.

incluya información sobre las dos últimas (al igual que sobre las radiológicas o los misiles balísticos, que sirven como vectores principales de lanzamiento de todas las demás), el grueso del informe está de hecho dedicado a las nucleares, auténticas protagonistas de este capítulo en cualquier análisis sobre seguridad internacional. No solamente son éstas las más peligrosas por su propia carga letal, sino que en gran medida definen la agenda de seguridad y defensa en relación con las demás (al margen de otras consideraciones, la apuesta nuclear de Israel ha impulsado y alimentado durante mucho tiempo la política de seguridad y defensa de sus vecinos, bien tratando asimismo de poseerlas o intentando crear su propia capacidad disuasoria con armas químicas o biológicas).

En ningún caso quiere esto decir que las ADM no sean una amenaza real e importante. Por tanto, sigue teniendo pleno sentido preocuparse de su evolución y de las dinámicas que alimentan su peligrosidad. En términos militares cabría decir que mientras que la pobreza y los demás factores identificados más arriba constituyen elementos de la hipótesis más probable de materialización de la amenaza (y así lo indican sus innumerables víctimas diarias), las ADM representarían por sí solas a la amenaza más peligrosa (lo que justifica sobradamente la necesidad de tomarla en consideración).

En lo que respecta al Mediterráneo el tema no es en absoluto retórico. Se trata de armas que ya figuran en los arsenales de varios países, y todo apunta a que otros están igualmente decididos a poseerlas. Al igual que ocurre en otras latitudes, en el Mediterráneo no cabe considerar a las ADM como una realidad cerrada en sí misma. Lo que hoy existe y lo que puede ocurrir mañana es el resultado directo de un panorama altamente desestabilizador, caracterizado por la persistencia de conflictos larvados o abiertos –con el árabe-israelí por encima de cualquier otro– por una relación de fuerzas muy desigual y por la persistencia de una doble vara de medida para juzgar determinados comportamientos que inspiran deseos de compensación, cuando no de hegemonía regional.

En cuanto al perfil geográfico de la zona a analizar, y desde la óptica de la seguridad, es evidente que el Mediterráneo comprende un espacio que excede a sus límites físicos. En su seno, y así se entiende en estas páginas, es forzado incluir a la Unión Europea, a sus vecinos balcánicos y a Rusia, en el norte, junto a todos los países que van desde Mauritania a Irán o, lo que es lo mismo, Magreb, Oriente Próximo y Oriente Medio, en el sur y este de su cuenca.

Se trata, como es bien sabido, de una región que acumula tanto arsenales nucleares como químicos o biológicos (así como una gran variedad de vectores de lanzamiento), junto a diversos intentos por desarrollar estas capacidades en el futuro. El principal foco de preocupación actual está en el desarrollo de determinados programas nucleares, en marcha en diferentes países del Sur (con Irán a la cabeza, una vez que se ha desactivado la aparente amenaza irakí), sin que quepa olvidar que otros estados ya han alcanzado esas capacidades, con Francia, Rusia y Estados Unidos en primera línea (aunque este último no sea geográficamente un país mediterráneo es incuestionable la necesidad de su inclusión en los

asuntos de la zona⁵). Israel, por su parte, continúa escudándose, con dificultades crecientes, en su tradicional política de ambigüedad.

Si bien es cierto que las armas nucleares nunca han sido usadas en los conflictos de la zona, no puede decirse lo mismo de las químicas y biológicas (durante la primera Guerra del Golfo (1980-88) Irak empleó armas químicas de forma extensiva en el campo de batalla contra ciudades y fuerzas iraníes, en tanto que Egipto ya las había usado durante los años sesenta en el escenario de la guerra civil en Yemen)⁶.

Cabe advertir, antes de entrar en la lectura de los apartados siguientes, que se ha decidido dejar al margen en este primer informe lo que afecta a los países de la orilla norte poseedores de ADM (entendiendo por ello tanto a Estados Unidos como a Francia y a Rusia). La razón no viene dada únicamente por cuestiones de espacio o por el hecho de que cualquiera de ellos tiene dimensiones de seguridad que exceden a la propiamente mediterránea, por lo que sería muy artificial y poco útil compartimentar su análisis para tomar en consideración únicamente lo que pudiera ser aplicado al ámbito mediterráneo. De ningún modo se pretende ocultar que estos países han contribuido en diferentes momentos de la historia reciente a incrementar la inseguridad regional en su papel de proliferadores directos y de apoyo a los esfuerzos de otros. Tampoco se niega que entre las fuentes de inquietud para la estabilidad de la región también debe ser contemplada la actuación de estos países, sobre todo cuando se analiza la seguridad mediterránea vista desde el Sur. Lo que en este caso explica la decisión adoptada es una cuestión de prioridades.

Parece una realidad suficientemente contrastada que las principales variables que explican hoy por hoy la conflictividad en la zona responden a dinámicas de naturaleza Sur-Sur (sea el ya mencionado conflicto árabe-israelí o la rivalidad por la hegemonía regional entre vecinos). En ningún estudio de hipotéticos escenarios de conflicto mediterráneo se apunta a que los países del norte de la región, con o sin ADM, sean ahora mismo causa de preocupación principal. Es evidente que todos ellos identifican intereses muy directos en la zona, y que tratarán de defenderlos en caso de amenaza, pero resultaría muy aventurado imagi-

5. Desde una perspectiva histórica, su carácter mediterráneo se remonta al siglo XIX. En todo caso, y como datos más obvios de la actualidad, bastaría para justificar esa calificación como actor mediterráneo la presencia permanente en las aguas de la VI Flota, complementada con el despliegue de la V Flota en el Golfo Pérsico. La primera tiene su cuartel general en Gaeta (Italia) y su composición habitual ronda los 40 buques, las 175 aeronaves y unos 21.000 efectivos humanos. Por su parte, la V Flota, con su cuartel general en Manama (Bahrein), asegura una presencia de unos 20 buques, 103 aeronaves y unos 19.000 efectivos humanos. Ambas constituyen pruebas suficientes de la implicación estadounidense en los asuntos mediterráneos, como elementos fundamentales de una proyección de poder que se completa ocasionalmente con otras fuerzas, cuando la situación lo requiere.
6. Estos casos, en los que las armas químicas y biológicas han sido usadas de modo "convencional", vuelven a poner de manifiesto la inconveniencia del empleo del concepto de ADM, sin olvidar que hay armas convencionales con un poder destructivo que prácticamente las equipara a algunas teóricamente "no convencionales". Para más análisis sobre este tema, véase el apartado IV.

nar que eso apunte al estallido de hostilidades provocadas por alguno de ellos. Queda, pues, pendiente para posteriores informes el tratamiento en detalle de estos casos, lo cual nos permite disponer de más espacio para tratar lo que resulta ahora mismo más urgente.

Como última cuestión previa a mencionar, es preciso recordar que la totalidad de la información manejada en este informe procede de fuentes públicas. Esto supone reconocer ya desde el principio ciertas limitaciones, dado que se asume que quedan fuera de nuestro alcance otras posibles, y quizás más precisas y actuales, cifras y datos que permitirían afinar mucho más las ideas recogidas en estas páginas, sin descartar incluso que haya realidades completamente contrarias a las que aquí se contemplan. Es, en todo caso, un riesgo asumido al intentar cumplir los objetivos anteriormente señalados, sin esperar a que algún día puedan ser superados los innumerables obstáculos que hoy dificultan el conocimiento y la difusión de estos temas.

II. Condicionantes sobre las ADM en el Mediterráneo

Tal como se sostenía anteriormente, el desarrollo de las ADM en el Mediterráneo sólo puede entenderse cabalmente en el contexto global de la seguridad de la región. Una región convulsa que figura entre las más militarizadas del planeta, sometida a conflictos abiertos que concitan la atención mundial y con unas brechas de desigualdad que no hacen más que ampliarse entre sus dos orillas, mientras siguen pendientes las reformas políticas y económicas de unos modelos inviables a medio plazo. Hoy la zona se asemeja a un complejo laboratorio en el que se están experimentando y configurando las reglas de juego de un nuevo orden/desorden mundial, en el que los países del Sur y del Este en ella ubicados más bien parecen piezas reactivas de un mecanismo que viene impulsado por fuerzas exógenas que escapan a su dominio. En el conjunto de esas dinámicas, las ADM ocupan un lugar destacado que viene explicado por razones tanto internas como externas, como resultado de las enseñanzas aprendidas en las últimas décadas y bajo la aceleración que el 11-S ha provocado tanto aquí como en otros lugares del planeta.

El Mediterráneo es, hoy como ayer, un escenario de permanente inestabilidad en el que los desencuentros Norte-Sur se superponen a otros, no menos poderosos, en el sentido Sur-Sur. En ese clima de permanentes dificultades de convivencia interna y de rivalidades vecinales, en el que todavía es perceptible la huella de una descolonización mal diseñada y peor desarrollada, se perciben dinámicas que han alimentado tradicionalmente las opciones militaristas. Son ellas las que han orientado las políticas de seguridad y defensas de estos países, en su intento de dotarse con una capacidad disuasiva contra cualquier enemigo interno o externo y como principal argumento para aspirar a convertirse en un líder regional, prevaleciendo sobre sus vecinos y tratando de atraer la atención de las principales potencias. El desarrollo de las ADM, o la aspiración de llegar a poseerlas, no es evidentemente ajeno a esta orientación militarista de los países de la orilla sur y este de la región. Entre los factores que en mayor medida han condicionado su evolución cabe destacar:

El conflicto árabe-israelí

Es, con diferencia, el elemento que más ha influido en la política de seguridad y defensa de los países mediterráneos en estas últimas décadas. Por lo que respecta a Israel, su temor a ser derrotado por sus vecinos, lo que según la interpretación clásica equivaldría a su desaparición como Estado, ha impulsado desde hace ya más de cuatro décadas su opción por las ADM. Aunque sea su apartado nuclear el más conocido y debatido, Israel ha optado también por mantener abierta la puerta de acceso a las armas químicas y biológicas en unas dimensiones que, en su conjunto y aunque sean reiterada y públicamente obviadas por sus responsables políticos y militares, no admiten comparación alguna con sus vecinos árabes. En esas condiciones, Israel entiende que puede garantizar su supervivencia y hacer frente a cualquier amenaza militar de sus vecinos, a la espera de que algún día logre ser reconocido por todos ellos en el marco de unas fronteras seguras y estables. Las cinco guerras árabe-israelíes y las dos *Intifadas* palestinas no han hecho variar esta imagen de superioridad tanto en el terreno convencional como en el de las ADM. Israel ha podido salir airoso de todas las confrontaciones armadas con sus vecinos árabes, sin necesidad de recurrir a su capacidad no convencional. A pesar de ello, entiende que no basta con mantener esa ventaja convencional, sino que es necesario perfeccionar continuamente su capacidad nuclear, en la medida en que éstas le proporcionan un mecanismo de seguridad duplicado ante exigencias defensivas que pudieran poner en riesgo su propia existencia.

Nada hace pensar que los actuales gobernantes israelíes estén dispuestos a modificar sustancialmente esta política. Por el contrario, más que pensar en reducciones o renuncias a este tipo de armas, los debates sobre su significación militar en el escenario actual de la seguridad resultan altamente preocupantes, en la medida en que se apunta a que podrían dejar de ser consideradas exclusivamente como armas de último recurso, para pasar a convertirse en una más de las armas susceptibles de ser usadas en diferentes etapas de cualquier hipotética confrontación armada.

Por su parte, los países árabes han venido actuando básicamente de manera reactiva. Cualquier argumentación para defender sus posiciones en el ámbito de la defensa suele partir de una denuncia al comportamiento israelí, y por derivación al de otras potencias que apoyan y consienten un caso tan excepcional como éste, en su condición de proliferador y desestabilizador de la región. Según el esquema de análisis tradicional, algunos países árabes habrían entrado en la carrera por dotarse de ADM únicamente como reacción ante la amenaza que representan los arsenales israelíes. Se intenta pasar de largo sobre otros factores que alimentan asimismo esa dinámica, como el intento por contar con un elemento que les confiera una ventaja decisiva en la resolución de sus diferencias vecinales o en su intento por convertirse en un *primus inter pares*. Más allá de planes y anuncios más o menos fundados, lo cierto es que, como ya se ha señalado previamente, no cabe comparar la capacidad militar, ni el en el terreno convencional ni en el de las ADM, de Israel con la de los países árabes del Mediterráneo. Ninguno de éstos ha logrado hacerse todavía con el arma nuclear (aunque haya algunos que pudieran haberlo intentado) y sus capacidades químicas y biológicas, al igual que su desarrollo misilístico, no superan en ningún caso a las de su vecino.

En esas condiciones, lo previsible es que algunos de estos países mantengan tanto su discurso crítico como su afán por compensar la superioridad israelí, tratando de hacerse con ADM. Un esfuerzo que, en la mayoría de los casos, no implica tanto el desarrollo propio de la infraestructura necesaria para alcanzar el objetivo deseado como la adquisición de este tipo de capacidades en un mercado mundial mucho menos regulado de lo que sería deseable.

Resulta hoy por hoy difícil imaginar que puedan darse pasos reales en el terreno de la no proliferación, el control de armas o el desarme en el campo de las ADM sin que el uso del conflicto árabe-israelí como excusa haya sido superado previamente⁷. Los actores principales siguen bajo el influjo de un planteamiento equivocado, que trata de buscar la defensa de los intereses propios a través de opciones de confrontación armada y de superioridad militar, aspirando a una victoria inalcanzable. Queda así marginada la posibilidad de romper esa dinámica estructuralmente desestabilizadora, entendiendo que la seguridad propia no puede lograrse a través de un rearme imparable y de la inseguridad del vecino. Israel sabe que dispone de recursos militares suficientes para evitar que se haga realidad su pesadilla colectiva (ser expulsados al mar por los árabes), pero también debe saber que nunca será el peso de las armas el que le permita asentar su futuro en paz con sus vecinos. Los árabes ya han comprobado en demasiadas ocasiones su incapacidad para superar a Israel en el campo de batalla. Tienen, eso sí, la potencia suficiente para perturbar la existencia pacífica de su vecino pero no para eliminarlo del mapa. Ambos perciben, en definitiva, que la salida obliga a la renuncia de posiciones maximalistas y a la negociación. En ese supuesto cualquier avance en el terreno de las ADM tendría un efector multiplicador de importancia vital para la causa de la paz.

A pesar de todo ello, la actual dinámica de confrontación no permite suponer que ninguno de los actores implicados vaya a renunciar y sin condiciones a sus capacidades y a sus aspiraciones de rearme frente al que se sigue percibiendo como principal fuente de riesgo.

Lucha por la hegemonía regional

Oculto tras la fachada del conflicto árabe-israelí es perceptible el interés de algunos gobiernos de la zona por mejorar sus posiciones relativas en el orden regional. Sea en el Magreb, en Oriente Próximo o en Oriente Medio sigue abierta hoy la competencia por ser reconocido, tanto por lo demás países de la zona como por los principales poderes exteriores a ella, como el actor de referencia.

7. El bloqueo de la Asociación Euromediterráneo en su capítulo de cooperación política y de seguridad es una buena muestra de ello. Diez años después de su lanzamiento en Barcelona sigue siendo imposible aprobar la Carta de Paz y Estabilidad en el Mediterráneo, ideada como un conjunto de principios orientados a la creación de confianza entre los países de la Asociación. Todo sigue a la espera de que las condiciones políticas (el conflicto árabe-israelí) permitan su aprobación. Un balance global del Partenariado Euromediterráneo puede verse en Jesús A. Núñez (2005): *Las relaciones de la UE con sus vecinos mediterráneos*, Enciclopedia del Mediterráneo, Icaria editorial-CIDOB Edicions, Barcelona.

En esa carrera cada uno trata de explotar sus bazas principales. Dado que ninguno de ellos puede presentar como activo su nivel de desarrollo económico o sociopolítico, claramente deficientes en todos los casos, se apela a la importancia de su posición geoestratégica, a sus riquezas en hidrocarburos, a su carácter de barrera o tapón frente a amenazas mayores o a su ascendiente cultural o histórico sobre sus vecinos. Educados, como sus vecinos de la orilla norte, en la escuela de la Guerra Fría entienden que el poderío militar es uno de los instrumentos principales del poder internacional. En consecuencia, no puede extrañar que algunos de ellos hayan optado por reforzar el músculo militar con la intención de ganar puestos en dicha carrera. A través de una innegable ayuda externa, explicada tanto por motivos puramente comerciales como por intentos de consolidar aliados en la confrontación bipolar de la Guerra Fría, algunos estados de la zona han ido configurando unas capacidades militares que exceden sobradamente a sus necesidades de defensa. Se trata de una dinámica que no se detuvo antes de cruzar el umbral de las ADM y que ha dado como resultado un escenario cada vez más inestable en el que algunos países han querido adelantarse a otros, provocando inmediatamente un conflicto y/o un movimiento de reacción en la misma línea.

Hoy, cuando las ADM son ya una realidad en diferentes países de la zona, sólo nos queda constatar las negativas consecuencias de un proceso alimentado en diferente escala por las principales potencia mundiales. Como se analizará posteriormente, la mayor parte de los arsenales de ADM del área son el producto de la compra directa de esos medios a los fabricantes tradicionales (con apenas algunas adaptaciones ad hoc) o del desarrollo de programas inspirados por esos mismos vendedores.

Como resultado de este comportamiento no puede decirse que, al margen del carácter de potencia regional que ostenta Israel, sea posible hoy identificar con nitidez entre los países árabes a un líder aceptado por todos sin discusión. Por el contrario, en el Magreb Marruecos y Argelia mantienen sus diferencias y sus aspiraciones de liderazgo, en tanto que Egipto no logra asentar su predominio entre la comunidad árabe e Irán trata de convertirse en la potencia de Oriente Medio, una vez que su eterno contendiente irakí ha desaparecido momentáneamente de la escena.

Lecciones aprendidas

Tras lo ocurrido en estos últimos tiempos, cualquiera de los países de la región ha entendido perfectamente el mensaje: quien tiene ADM dispone de una salvaguarda frente a posibles amenazas y es reconocido como un país de categoría especial.

En resumen, lo ocurrido transmite con mayor fuerza, si cabe, la idea de que hacerse con ADM es un objetivo rentable en muchos sentidos. Sirva como ejemplo lo acontecido con Irak, con Corea del Norte o con India. En el primer caso, un país que no disponía de ningún tipo de ADM ha sufrido un ataque directo que ha supuesto la caída de un régimen (dictatorial y criminal, por otra parte), mientras que la crisis con Corea del

Norte, al que se puede calificar de igual manera, se está manejando por vías muy distintas. Por lo que respecta a India, país nuclear que se sigue negando a firmar el Tratado de No Proliferación, no sólo acaba de firmar con Estados Unidos un acuerdo por el que compartirá tecnología y combustible nuclear⁸, sino que con toda probabilidad se terminará convirtiendo en un miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU en su próxima reforma. No parece que sea ése el mejor modo de tratar a un proliferador, que recoge ahora los frutos de su esfuerzo y que gana posiciones en la escena internacional, sin renunciar por ello a nada sustancial.

Una vez más se pone de manifiesto la doble vara de medida, muy notoria en el escenario mediterráneo por lo que afecta a Israel, que pretende que la ley sólo debe ser aplicada a los enemigos, otorgando a los aliados y amigos un amplio margen de maniobra en funciones de sus deseos y necesidades. Una de las reacciones más frecuentes, ante lo que se percibe como una injusticia basada simplemente en la ley del más fuerte, es tratar de equipararse a aquellos a los que se crítica (“¿por qué nosotros no podemos acceder al arma nuclear si a Israel se le permite?” es uno de los argumentos árabes que más abiertamente reflejan esta idea).

Mimetismo

Al igual que ocurre en otros terrenos, parece elemental entender que algunos actores de la región traten de imitar los modelos y comportamientos de quienes se presentan como referencias mundiales. No solamente lo pretenden por sí mismos sino que en muchas ocasiones no hacen más que ser sensibles a indicaciones que vienen inspiradas, desde hace décadas, por unos actores externos convertidos en “educadores” políticos, sociales, económicos y militares. Habría que decir que se trata de buenos alumnos que no hacen más que reproducir, y hasta intentar mejorar, los modelos que han aprendido de sus protectores.

De la misma forma pueden entenderse decisiones adoptadas por un país como reacción mimética de lo que haya hecho otro cualquiera en la zona, sobre todo si detrás hay una competencia vecinal o un intento por llegar a ser el hegemon regional. A ese modelo responde en muchos casos lo que, a modo de ejemplo, tanto Irán e Irak han hecho, por un lado en Oriente Medio, como lo que Marruecos y Argelia han decidido, por otro en el Magreb.

En ese contexto, que lleva a hablar de alumnos y maestros, no resulta fácilmente defendible el argumento que pretende negar el acceso de esos países a las ADM, aduciendo que su comportamiento no se ajustará a las normas “racionales” que controlan la dinámica de las ADM.

8. Éste ha sido el resultado más notable de la visita que realizó el primer ministro indio, Manmohan Singh, a Washington en julio de 2005. Algunas reacciones apuntan a que el comportamiento de la Administración Bush equivale a la deslegitimación total del Tratado de No Proliferación, en su intento de acercarse a toda costa a India como parte de su estrategia para compensar el empuje de China.

Inercias imparables

La historia está repleta de casos en los que el empecinamiento en una dirección, aunque posteriormente pueda ser considerado un error por sus propios protagonistas, ha llevado a decisiones contraproducentes. Bien sea por no dar el brazo a torcer o por no reconocer la sumisión frente a otros, se toman posiciones que, en última instancia, no hacen más que alimentar la inestabilidad. En esa misma línea empujan otros actores, como la comunidad científica nacional o la institución militar, defensores de sus propios intereses corporativos, aunque en muchas ocasiones vengan disfrazados de intereses nacionales.

Quizás sea actualmente Irán uno de los casos en los que con mayor claridad se pone de manifiesto, al menos en parte, esta realidad. Sin que sea posible llegar por ahora a ninguna conclusión definitiva sobre un proceso tan controvertido como el que viene experimentado este país, con su firme empeño por dominar el átomo, existen indicios que apuntan en esta dirección. Desde los tiempos iniciales de la revolución *jomeinista*, los responsables iraníes han marcado un rumbo que se alimenta tanto de sus propios cálculos como de factores externos. Llegados a este punto, es difícil imaginar que el nuevo gobierno iraní vaya a renunciar a una apuesta que sería vista automáticamente como una derrota internacional frente a Washington y que sería muy difícilmente asumida por una opinión pública y una clase dirigente empeñadas abrumadoramente en la consecución de ese objetivo. Nos encontramos, por tanto, en un punto en el que todo empuja a los dos actores principales (la Unión Europea no llega a colocarse en el mismo nivel) a una huída hacia delante, atrapados en un drama en el que ninguno de ellos controla en su totalidad el guión que están representando.

A este hecho se le añade que para Teherán la opción nuclear (incluso sin dar de momento el paso definitivo hacia la utilización militar del átomo) le ofrece mayores posibilidades de convertirse finalmente en la potencia regional de referencia, una vez que quien podía hacerle sombra desde Bagdad parece incapaz de defender sus opciones. De igual manera resulta relevante entender que Irán está utilizando una de las pocas bazas que tiene para negociar su reintegración en la escena internacional, tras un largo período de castigo y marginación. Si cede a las pretensiones de Estados Unidos y de la Unión Europea, sin obtener nada relevante a cambio, se habrá quedado sin cartas que jugar en próximos, y tal vez más exigentes, envites.

En un momento en el que la corriente más conservadora de la escena iraní acaba de completar su control de todas las instancias de poder político, con la reciente victoria presidencial de Mahmud Ahmadineyad, cabe suponer que el peso de todas estas inercias no hará más que aumentar, alargando la tensión en la zona por largo tiempo.

Repercusiones del 11-S

Los trágicos atentados del 11-S han provocado una aceleración de tendencias que ya se venían apuntando en el seno del equipo liderado por

George W. Bush desde su antes de su victoria electoral a finales del año 2000. Lo ocurrido desde entonces muestra la determinación de un gobierno por crear nuevas reglas en las relaciones internacionales, con una orientación netamente reactiva, militarista y unilateral. La “guerra contra el terror” se ha convertido en el lema movilizador de las inmensas capacidades nacionales y de las que puedan aportar los aliados circunstanciales, del mismo modo que la “lucha contra la expansión comunista” lo fue a lo largo de la Guerra Fría.

Para el gobierno de Bush el escenario ha sido definido con absoluta nitidez en términos de una guerra (que se anuncia además como prolongada en el tiempo) que Estados Unidos está dispuesto a librar solo si fuera preciso⁹. Desde ese punto de vista no estaríamos ahora mismo más que en los primeros capítulos de una historia que apunta mucho más lejos. Tras las experiencias, todavía por cerrar, de Afganistán e Irak –y mientras el conflicto árabe-israelí sigue sin recibir la atención que cabe demandar a la principal potencia mundial– otros países de la región se sienten directamente señalados por el dedo acusador de Washington.

Entre ellos destacan tanto Siria como Irán. Sin entrar aquí a valorar la pertinencia de las acusaciones, es necesario señalar que su propia existencia añade un nuevo factor de resistencia por parte de quienes se sienten directamente amenazados por la superpotencia estadounidense. Es así como cabe entender que quienes no están dispuestos a aceptar una “pax americana” que cuestiona frontalmente el modelo político de estos países, opten por emplear todas sus capacidades (incluso las que quizás ni siquiera tengan realmente) para intentar resistir la presión.

Por otro lado, y en función de lo recogido en el subapartado sobre *Lecciones aprendidas*, no puede descartarse que quienes están sintiendo esta presión pretendan aún con más ahínco dotarse de ADM, en un intento por blindarse mejor frente a cualquier tentación de lanzar un ataque contra ellos.

Naturaleza militarista de algunos estados/Corporativismo

Uno de los condicionantes más poderosos, aunque no sea tan llamativo como otros, que explican la deriva armamentista de algunos países de la zona, incluyendo las ADM, es la naturaleza militarista de muchos de sus gobiernos. Cuando el poder descansa en gran medida en la capacidad de control y de represión sobre la propia población y en el rearme sostenido frente a las amenazas externas resulta inevitable que la institución militar acabe convirtiéndose en un actor que invade competencias de otros órganos de poder y que adquiera unas proporciones sobredimen-

9. El 21 de septiembre de 2004 el Presidente Bush se dirigió a las Naciones Unidas proponiendo “una nueva definición de seguridad”, que justifica la intervención para liberar países bajo la tiranía como una parte esencial en la “guerra contra el terror”.

sionadas¹⁰. Con frecuencia se convierten en la única institución realmente operativa, en el garante de la recta interpretación de los designios y mandatos nacionales y en la columna vertebral de todo el aparato del Estado.

En esos casos, las propias fuerzas armadas terminan por forzar decisiones que incrementan su poder al tiempo que arrastran al país al desarrollo de opciones militaristas que no excluyen en principio el acceso a las ADM. Cabe recordar que entre los países de la orilla sur y este del Mediterráneo se registran niveles de gasto en defensa que superan ampliamente el porcentaje de sus vecinos del Norte. En el Magreb la media está en torno al 3% del producto interior bruto, mientras que en Oriente Próximo los presupuestos son aún más altos, con Israel como caso destacado (por encima del 10% en lo que va de la presente década). En Oriente Medio Arabia Saudí también sobresale, con una dedicación en torno al 10%, prácticamente el doble de la media regional¹¹. En esas circunstancias la opción de las ADM aparece como una más de las vías a explorar para incrementar, teóricamente, el grado de seguridad nacional.

Los tratados y convenciones de no proliferación de ADM

Al contrario de lo que ocurre con todos los condicionantes mencionados hasta aquí, que tienen en común un carácter netamente estimulador de la proliferación de ADM, el conjunto de los tratados de no proliferación nuclear, química, biológica o misilística existentes es, a pesar de todas sus imperfecciones y limitaciones, el más poderoso factor de reducción (e idealmente de eliminación) del peligro que representan estos ingenios bélicos. Si bien el Tratado de No Proliferación (TNP)¹² es seguramente el más relevante por afectar a las armas nucleares, pieza principal de la amenaza que representan las ADM, el panorama no quedaría completo si no se mencionaran, como mínimo, la Convención de Armas Químicas (CWC)¹³, la Convención de

10. Frente a los actuales 356.000 efectivos humanos de Francia, y según las cifras aportadas tanto por el Jaffe Center for Strategic Studies y el SIPRI, Irán presenta unos 520.000, seguido de Turquía (515.000), Egipto (450.000), Siria (289.000), Israel (186.500), Arabia Saudí (171.500), Marruecos (145.500), Argelia (127.000) y Jordania (100.700). Todo ello sin contabilizar a los reservistas, con grados de movilización muy diversos (cabe destacar el caso de Israel, con 445.000 disponibles y realmente movilizables).

11. Véase Tabla IX en el Anexo para las cifras de todos los países de la región.

12. Adoptado el 1 de julio de 1968, entró en vigor el 5 de marzo de 1970 y, desde 1995, ha extendido su vigencia indefinidamente.

13. Con su pretensión de lograr la prohibición del desarrollo, la producción, el almacenamiento, la transferencia y el uso de las armas químicas, se encuentra ya en preparación su X Conferencia de estados parte (prevista para noviembre de 2005). Abierta a la firma desde el 13 de enero de 1993 y en vigor desde el 29 de abril de 1997, cuanta ya con 171 estados parte, una vez que Bután acaba de depositar su instrumento de adhesión en la ONU (18 de agosto de 2005). La Organización encargada de su desarrollo cuenta con una página web (www.opcw.org/) permanentemente actualizada.

Armas Biológicas y Toxinas (BTWC)¹⁴, el Tratado de Prohibición Completa de los Ensayos Nucleares (CTBT)¹⁵, el Régimen de Control de Tecnología de Misiles (MTCR)¹⁶ o el Tratado sobre la Prohibición de Transferencia de Material Fisible (FMCT)¹⁷. Todos ellos¹⁸ constituyen, por imperfectos que puedan parecernos, la expresión real de las capacidades actuales de la comunidad internacional para hacer frente, con un enfoque multilateral, a los peligros de un proceso de proliferación que, durante demasiado tiempo, ha avanzado gracias a la participación muy directa de los países que primero accedieron a estas tecnologías.

Ya desde la Guerra Fría se han venido simultáneamente ensayando, con desigual fortuna, las potencialidades de los distintos métodos de no proliferación y de contraproliferación. El primero, de naturaleza esencialmente normativa, aspira a la reducción y eliminación de las ADM mediante un entramado de tratados, acuerdos y organismos que comprometan a los estados de la comunidad internacional a cumplir determinados objetivos, normalmente en forma de prohibición de poner en marcha determinados procesos, al tiempo que se encarga de vigilar su cumplimiento. El segundo, de carácter nítidamente coercitivo, cabe considerarlo reactivo en tanto que pretende responder a una realidad proliferadora que está en marcha o ya se ha materializado, llegando incluso a la destrucción física de los programas en desarrollo o de los arsenales acumulados si ello fuera necesario.

A diferencia del primero, en éste segundo caso el peso fundamental de la respuesta apenas se interesa por los esquemas multilaterales de actuación, sino que opta normalmente por actuaciones unilaterales que ponen en juego las capacidades militares de quienes se sienten más directamente

14. Es la más antigua de las actualmente en vigor en el campo de las ADM. Tal como recoge la página web de la Organización que actúa como garante de su cumplimiento (www.opbw.org/), desde que inició su andadura el 10 de abril de 1972 (en vigor desde el 26 de marzo de 1979) hay ya 169 países firmantes (de los que 153 ya han ratificado la Convención).
15. La Comisión Preparatoria para la Organización del CTBT dispone de una actualizada página web (www.ctbto.org), actualmente centrada en la próxima conferencia para facilitar la entrada en vigor del tratado (Nueva York, 21/23 de septiembre de 2005). Como información actualizada de la marcha del tratado, cabe recordar que no entrará en vigor hasta que no sea ratificado por los 44 estados que figuran en su anexo II (aquellos que disponen de reactores nucleares o de programas de investigación nuclear); de ellos 41 ya lo han firmado pero sólo 33 lo han ratificado (entre los que no lo han hecho figuran tanto Estados Unidos como China, pero también Egipto, Israel o Irán). En términos más generales, interesa asimismo mencionar que ya hay 175 estados firmantes (de los que 122 ya han ratificado el texto).
16. Se trata de una asociación informal y voluntaria de países creada en 1987 (inicialmente puesta en marcha por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Canadá, Alemania, Italia y Japón; pero que actualmente cuenta con 34 miembros). Su principal objetivo, tal como señala la propia página web creada por sus miembros (www.mtcr.org), es evitar la proliferación de sistemas no tripulados de lanzamiento de ADM, coordinando sus políticas de exportación de estas tecnologías.
17. Una recopilación sistemática del contenido de esta iniciativa puede verse en F. Barnaby y N. Ritchie (2003): *The FMCT handbook: a guide to a Fissile Material Cut-off Treaty*, Oxford Research Group.
18. A pesar de su manifiesta importancia para la seguridad mundial, otros acuerdos como el ABM, SALT I y II o START I y II, son de carácter bilateral (entre Estados Unidos y la Unión Soviética/Rusia) y por ello no cabe equipararlos a los anteriores.

amenazados. Seguramente no será posible alcanzar un horizonte de paralización generalizada de los esfuerzos proliferadores si no es con el esfuerzo en paralelo de ambos métodos, pero lo que se percibe en la actualidad es una preocupante inclinación hacia la contraproliferación, mientras la no proliferación sigue perdiendo fuerzas como resultado de su marginación en la agenda de seguridad internacional y de los ataques y deslegitimaciones que sufre por parte de quienes deberían ser sus principales defensores. La debilidad de los instrumentos de no proliferación es, en todo caso, uno de los argumentos que pueden contribuir a explicar la creciente inclinación del actual gobierno estadounidense hacia la contraproliferación¹⁹.

La situación del TNP es un buen ejemplo de lo dicho, contando con que la reciente VII Conferencia de Revisión (Nueva York, 2/27 de mayo de 2005) nos ofrece una imagen muy actual y poco halagüeña de su desarrollo. Presentado de manera interesada como un medio débil e ineficaz para cumplir el objetivo con el que fue creado, más que a su mejora el esfuerzo actual parece dirigirse hacia su directa instrumentalización al servicio de los intereses de los más poderosos. Esta pretensión se enmarca en otras similares, que tienen por objeto debilitar el conjunto de los mecanismos multilaterales de seguridad, en la medida en que se resistan a subordinarse al dictado de quienes pretenden liderar la escena internacional. El camino elegido en este caso combina las denuncias sobre la incapacidad de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA) para evitar los quebrantamientos del tratado y para imponer sanciones realmente eficaces a quienes lo violen, con la aplicación de una evidente doble vara de medida con respecto a las actuaciones de algunos países (los ejemplos con Israel, India y Pakistán –países que nunca han firmado el TNP– son, probablemente, los más notorios).

Todo ello mientras parece olvidarse que el TNP es, simultáneamente, un sistema de disuasión (promovido por los estados nucleares como un método para lograr una mayor estabilidad general) y de abstinencia (que pretende que los países no nucleares renuncien a sus derechos originarios a desarrollar estas armas y que los que ya las poseen terminen por renunciar a ellas)²⁰. Desde este punto de vista, es obvio que existe un desequilibrio entre los esfuerzos realizados para evitar que haya nuevos países nucleares (lo que se conoce tradicionalmente como frenos a la *proliferación horizontal*) y los que intentan evitar que los ya nucleares incrementen sus capacidades en ese terreno (la llamada *proliferación vertical*).

A este respecto conviene igualmente resaltar que con la salvedad de Rusia, implicada junto a Estados Unidos en un proceso de negociación bilateral de contenido real (aunque insuficiente y paralizado actualmente), tanto Francia, como Gran Bretaña o China han mostrado hasta ahora un marcado desinterés por aplicar en sus propios casos las demandas del TNP. La consecuencia más visible de todo ello, es un debilitamiento extremo y una

19. La *Nuclear Posture Review*, de junio de 2001, y la Estrategia Nacional para Combatir las Armas de Destrucción Masiva, de diciembre de 2002, son los documentos públicos que de manera más nítida recogen el pensamiento de la actual administración sobre estas cuestiones.

20. Éstos son los conceptos manejados por William Walker en "Nuclear order and disorder", *International Affairs*, Vol. 76, N. 4, Oct-2000.

deslegitimación acusada de los esfuerzos multilaterales que se pretenden realizar para frenar a otros potenciales proliferadores.

No se pretende con ello cargar las responsabilidades sobre las espaldas de un solo país, cuando hay otros que muestran la misma actitud o incluso se mueven al margen de todo compromiso, ni negar que las imperfecciones del Tratado han posibilitado que países como Irak, en su momento, Corea del Norte o Libia (con Irán en una situación todavía por aclarar) hayan podido desarrollar programas orientados a la consecución de armas nucleares, a pesar de ser estados firmantes del TNP. De lo que se trata es de evitar que la existencia de una doble vara de medida, según la cual parece que el problema no son las armas nucleares en sí mismas sino el perfil de su poseedor, arruine los esfuerzos por mejorar los instrumentos multilaterales de los que disponemos actualmente.

Es innegable que el TNP resulta un tratado con amplio margen de mejora y que, asimismo, la AIEA precisa cambios en su funcionamiento para hacerla más eficaz. Pero nada de eso permite olvidar que su balance histórico es hoy mucho más positivo que el que imaginaban sus promotores hace ya treinta y cinco años. En efecto, frente a las negras perspectivas de un mundo en el que se decía que habría hasta casi cuatro decenas de países nucleares a finales del siglo pasado²¹, hoy comprobamos como el club nuclear de las cinco potencias oficialmente reconocidas como tales apenas se ha ampliado con los casos de Israel, India, Pakistán y, muy recientemente, de Corea del Norte²². Por el camino se ha producido el abandono de programas o intentos de adquisición directa de ingenios nucleares por parte de países tan diversos en sus planteamientos de defensa como Argentina, Sudáfrica, España o Libia, por citar sólo algunos. Del mismo modo, se ha logrado la aprobación de un Protocolo Adicional del TNP, en 1997, como buen ejemplo de lo que la diplomacia multilateral puede lograr, incrementando la capacidad de la AIEA para llevar a cabo inspecciones más intrusivas y sorpresivas en países sobre los que existan sospechas de estar violando el TNP.

Se trata, por supuesto, de avances en la dirección correcta que no pueden asignarse exclusivamente al TNP y a la AIEA, pero que tampoco se habrían

21. Resulta bien conocido el informe difundido en 1977 por Le Nouvel Observateur, según el cual había ya en aquel momento 39 países susceptibles de incorporarse al club nuclear. De ellos, únicamente Israel, India y Pakistán lo han hecho *de facto* (al igual que Corea del Norte, ya en esta década), mientras que todavía se mantienen las dudas sobre Irán (aun cuando en dicho informe ya se estimaba que le bastarían apenas cinco años para dar definitivamente tal paso).

22. En paralelo, y por lo que afecta a las capacidades nucleares de Estados Unidos y de Rusia, se ha producido también una significativa reducción, como resultado de las negociaciones de control de armas y desarme mantenidas en un plano estrictamente bilateral. Como consecuencia de ello, las estimaciones actuales (SIPRI Yearbook 2005) cifran en unas 13.000 las cabezas nucleares operativas que hoy se acumulan en el planeta. De ellas, unas 4.500 corresponderían a Estados Unidos (en función de los acuerdos ya negociados, serían 3.800 en 2007, para pasar, en 2012, a unas 1.700-2.200). Por su parte, Rusia atesora actualmente unas 3.800, que se prevé que pasen a 1.500-2.000 en 2007). Más atrás quedarían China (400), Francia (350), Israel (200) y Gran Bretaña (185).

producido sin su concurso en primera línea²³. Ahora, mientras la atención está centrada casi exclusivamente en los casos de Corea del Norte e Irán, se percibe una sensación de claro pesimismo como resultado inmediato de la ya mencionada VII Conferencia de Revisión, que, al igual que ya ocurrió en alguna otra ocasión, se ha cerrado sin alcanzar ni siquiera un comunicado final. Visto con cierta perspectiva histórica, se constata un notable retroceso si se comparan las expectativas generadas en 1995, cuando se acordó mantener la vigencia del TNP por tiempo indefinido, o en 2000, con ocasión de la anterior Conferencia de revisión celebrada en Nueva York, y los resultados de esta última.

En 1995, la imagen un mundo libre de armas nucleares no parecía tan utópica en el marco de un renovado optimismo alimentado por el fin de la confrontación bipolar. En aquella ocasión se materializó la idea de mantener el TNP como marco de referencia permanente, al tiempo que se renovaron los compromisos mutuos para consolidar aún más sus pilares básicos: la negociación, de buena fe, entre los países nucleares para avanzar rápidamente en la reducción y eliminación de sus arsenales y la renuncia de los demás a no adquirir este tipo de armas y a someter sus programas nucleares de naturaleza civil al escrutinio internacional, a cambio de recibir tecnología nuclear para fines pacíficos. Gracias a ese mismo impulso se logró también sacar adelante una resolución específica que preveía un Oriente Medio libre de armas nucleares y, posteriormente, la aprobación del Protocolo Adicional, de 1997, ya mencionado.

Por su parte, la Conferencia de Revisión de 2000 sirvió para enfatizar el compromiso global con un completo desarme nuclear. Y todo ello se pudo lograr a pesar del efecto negativo que provocaron tanto las pruebas nucleares de India y Pakistán (1998) como el rechazo, en 1999, del Senado de Estados Unidos a la ratificación del CTBT (olvidando que había sido precisamente este país el que con mayor énfasis lo había impulsado en 1994-96, durante su etapa negociadora en Ginebra). El resultado más esperanzador de este encuentro fue la elaboración y aprobación por los 188 estados parte de una lista que fijaba en detalle un proceso para lograr un desarme nuclear progresivo y sistemático a lo largo de trece etapas²⁴.

23. Un buen análisis de las razones que los países consideran al tomar determinadas decisiones en el terreno nuclear puede verse en K. Campbell, R. Einhorn, M. Reiss (eds) (2004): *The nuclear tipping point: why States reconsider their nuclear choices*, Brookings Institution Press, Washington DC.

24. En esencia, se trataba de: 1) lograr la entrada en vigor del CTBT; 2) activar una moratoria generalizada de explosiones nucleares; 3) poner en marcha la negociación de un Tratado de Prohibición de Producción de Materiales Fisionables con fecha límite 2005; 4) trabajar en el desarme nuclear en el seno de la Conferencia de Desarme (en la que sí están Israel, India y Pakistán, pero que se encuentra prácticamente bloqueada desde 1996); 5) aplicar el principio de irreversibilidad a todo desarme nuclear; 6) lograr el compromiso inequívoco de las potencias nucleares para llegar a la eliminación total de sus arsenales; 7) conseguir la entrada en vigor del START II, la conclusión de las negociaciones del START III y la preservación y reforzamiento del Tratado ABM; 8) poner en práctica la iniciativa trilateral (AIEA, EEUU y Rusia) para un desarme de armas nucleares tácticas en tierra y en mar; 9) disminuir el nivel de alerta de las armas nucleares y su papel en las políticas de seguridad y defensa de las potencias nucleares; 10) poner bajo control internacional los materiales fisionables inutilizados para fines militares; 11) plantear el desarme total y general, bajo control internacional, como objetivo final; 12) presentar informes regulares sobre los procesos de desarme en marcha por parte de los estados signatarios; y 13) desarrollar capacidades de verificación para el control de los acuerdos de desarme.

De modo muy distinto hay que interpretar lo ocurrido en la VII Conferencia. Tal como ya se ha señalado con anterioridad, el 11-S ha actuado como el catalizador que ha acelerado una reacción que ya se venía apuntando en boca de los principales responsables del gobierno estadounidense, provocando con ello un efecto de arrastre que ha llevado a la agenda de seguridad internacional a su actual obsesión con el terrorismo internacional y la proliferación de ADM, como amenazas prácticamente únicas a las que cabe atender. La Conferencia no ha logrado evitar los efectos negativos de un clima marcado por el regreso a opciones reactivas, militaristas y unilaterales que terminan por considerar irrelevantes (cuando no contraproducentes) las aproximaciones preventivas, multidimensionales y multilaterales. Por si esto fuera poco, la retirada de Corea del Norte del TNP (en enero de 2003) y el escándalo provocado ese mismo año al conocerse la implicación de altos responsables paquistaníes en un auténtico mercado mundial de productos y tecnología nuclear, con clara orientación proliferadora, sin olvidar las preocupaciones con Irán, han terminado por ahogar cualquier atisbo de mejora a corto plazo de los mecanismos de control en este terreno. La falta de documento final es, entre otras causas, el resultado inmediato de la imposibilidad de encajar las agendas de Irán –que se negaba a cualquier referencia explícita a su caso–, de Egipto –que durante unos días bloqueó los debates y pidió la creación de un órgano subsidiario de la AIEA para Oriente Medio, en línea con el reiterado objetivo de lograr que la zona quede libre de ADM– y de Estados Unidos y de algunos de sus aliados occidentales –empeñados, sin éxito, en forzar los mecanismos existentes para acomodarlos a sus intereses particulares. En consecuencia, ninguna de las tres comisiones activas durante la conferencia (no proliferación nuclear y desarme nuclear; medidas de seguridad y cuestiones de seguridad regional; uso pacífico de la energía nuclear) logró alcanzar acuerdo alguno.

De cara al futuro no parece claro cómo se logrará superar el bloqueo actual, cuando resulta evidente la peligrosidad derivada de posturas de rechazo al CTBT, como la mantenida por Washington, o de la falta de un sólido refuerzo institucional de la AIEA (sin capacidad administrativa y ejecutiva para reaccionar antes asuntos urgentes). No sería tampoco nada extraño que esta situación, y la manera en que es percibida la actitud de EEUU en determinados círculos, impida asimismo el desarrollo de propuestas como las que han dado lugar a la Resolución 1540 del Consejo de Seguridad de la ONU²⁵ o la Iniciativa de Seguridad Contra la Proliferación²⁶, ambas impulsadas muy directamente por EEUU. La situación actual da a entender que lo que si han conseguido, en cualquier caso, países como EEUU, Gran Bretaña o

25. Aprobada por unanimidad el 28 de abril de 2004, se enmarca en los intentos por evitar que los grupos terroristas puedan acceder a las ADM. Exige a los estados que se doten de capacidades para vigilar y controlar la tecnología, los equipos y los materiales sensibles, para impedir que lleguen a manos de estas redes.

26. Anunciada por el presidente Bush el 31 de mayo de 2003, se trata de un dispositivo multilateral por el que los 11 estados fundadores (y quienes posteriormente se incorporen a sus actividades) se comprometen a desarrollar instrumentos legales, diplomáticos, económicos y militares para cortocircuitar los canales de transferencia de ADM hacia actores estatales o no estatales con ánimo proliferador.

Francia es que se dé por superada la agenda de desarme en trece etapas, elaborada en 2000. Por reducción y como factor prioritario a considerar, sólo cabe confirmar que la agenda realmente válida es la que se deriva del temor al aumento del número de países nucleares (con Irán y Corea del Norte en primer término) y a que esas armas puedan ser empleadas por redes terroristas, mientras sigue dándose la espalda al peligro que los arsenales ya en manos de las potencias nucleares puedan tener para la seguridad mundial.

Por lo que respecta al resto de los tratados y convenciones de control de armas y de desarme en el ámbito de las ADM, no puede decirse que ninguno de ellos goce de excelente salud. Únicamente cabe decir, como reflexión general, que adolece de similares problemas a los del TNP y que, a pesar de sus limitaciones, también han logrado frenar más allá de lo que se suponía durante la Guerra Fría la proliferación descontrolada en sus respectivos ámbitos de actuación.

En resumen, y sin ningún ánimo de exhaustividad, lo recogido en las páginas precedentes intenta mostrar, en primer lugar, cómo la apuesta por las ADM en el Mediterráneo responde a procesos y condicionantes que ponen en juego variables muy diversas, interconectadas de tal manera que resulta imposible analizarla sin tomarlas en consideración. De poco sirve enfocar este tema con planteamientos simplistas que, en no pocas ocasiones, pretenden mostrar que el comportamiento de los países de la zona responde a esquemas considerados infundadamente de irracionales. Se juega a ineficaces descalificaciones basadas en supuestos “ejes del mal”, que en nada ayudan a la resolución de los problemas que puedan existir, y se intenta de esta forma justificar la necesidad de imponerles limitaciones y controles que no serían aceptables para otros actores. Ese modo de plantear la situación no acostumbra a cuestionar la necesidad de revisar los comportamientos propios, autoasignándose una pretendida superioridad que descansa no solamente en la fuerza de sus capacidades militares sino también en una supuesta superioridad moral y en una racionalidad que los salvaguarda de cualquier crítica.

Por otro lado, lo que definen estos condicionantes es el campo de actuación en el que debemos movernos para modificar las tendencias negativas que alimentan la proliferación de ADM. A la vista de los escasos resultados cosechados hasta ahora por lo que cabría denominar estrategias basadas en la fuerza disuasoria, incluyendo la contraproliferación, parece imponerse la opción de explorar con mayor convicción las inmensas capacidades que la política, la diplomacia y la economía atesoran para modificar modelos y esquemas de pensamiento aparentemente inamovibles. Responder a los intentos de proliferación de ADM exclusivamente con amenazas de uso de la fuerza, tanto o más destructiva que la que se pretende neutralizar, sin intentar modificar los condicionantes que alimentan ese proceso es confundir los términos y contribuir a incrementar el nivel de inseguridad en el que ya vivimos.

III. Análisis de datos y diagnóstico en el Mediterráneo²⁷

En la historia del siglo XX se conoce que el primer uso de armas químicas se produjo en la I Guerra Mundial, mientras que el de armas biológicas fue protagonizado durante la II Guerra Mundial por Japón, contra China, y el de las armas nucleares tienen, desde 1945, a Hiroshima y Nagasaki como referentes tristemente recordados cada año. El Mediterráneo no es, de ningún modo, un escenario ajeno a estas dinámicas violentas, como lo demuestra el hecho de que ya en 1917 se tiene constancia del empleo de gases químicos contra las tribus que se rebelaban contra Gran Bretaña, empeñada en unificar y dominar lo que hoy conocemos como Irak. Posteriormente, otros países –como Egipto en los años sesenta (empleando también armas químicas en la guerra de Yemen) o Irak, a principios de los noventa– han imitado a las antiguas potencias coloniales, en tanto que, como veremos a continuación, tanto Israel (prácticamente desde el mismo instante de su creación como Estado) como Siria y muchos otros de los países de la región han entrado en diferentes grados en una vía proliferadora que sigue abierta en la actualidad.

Entendidas como un elemento más de unas políticas de seguridad y defensa estructuradas prioritariamente para atender sus propios problemas internos y su no siempre fácil relación con sus vecinos del Sur (y no tanto con supuestas pretensiones de carácter ofensivo contra sus vecinos del Norte), las ADM son una realidad tangible en el conjunto de la región. La profusión de conflictos armados abiertos, tanto en el pasado como en la actualidad, incrementa la percepción de peligro al considerar que su uso puede volver a ser contemplado como una opción a considerar por parte de algún actor. En todo caso, es un hecho que hasta hora, y en contra de los alarmantes mensajes propagados con frecuencia, también aquí han funcionado las reglas de la disuasión y de la contención racional de un elemento tan definitivo como el de las ADM.

A efectos puramente expositivos, pero recordando que la seguridad de la región sólo puede ser entendida cabalmente si se analiza de manera conjunta lo que ocurre en sus tres principales subzonas, sin olvidar a lo que acontezca en su orilla norte, las páginas que siguen presentan un panorama general de las ADM y sus intentos de proliferación en el Magreb, en Oriente Próximo y en Oriente Medio.

La relativa tranquilidad del Magreb

En términos comparativos no cabe duda de que –a pesar de las tensiones internas, de las difíciles relaciones vecinales y de la pervivencia del conflicto saharauí– el conjunto de los cinco países del Magreb presenta una imagen menos preocupante que la del resto del Mediterráneo Sur y

27. Véase el Anexo para las siguientes tablas (con la lista completa de los países mencionados en este apartado): I. Tratados CWC y BWC; II. Programas de Armas Biológicas y Químicas; III. Tratados sobre Proliferación Nuclear; IV. Armas de Destrucción Masiva; V. Arsenales Químicos y Biológicos; VI. Programas Nucleares y Capacidades; VII. Instalaciones Nucleares; y VIII. Misiles.

Este, lo que se refleja asimismo en su menor nivel de acumulación armamentista. Los principales focos de desestabilización son, ya desde hace años, más de naturaleza sociopolítica y económica que militar, como consecuencia de una generalizada incapacidad para consolidar modelos que respondan adecuadamente a las necesidades y anhelos del conjunto de la creciente población de la zona. En todo caso, por lo que respecta al capítulo de riesgos de carácter militar, y más específicamente a los ligados a la proliferación de ADM, la atención ha estado fundamentalmente centrada hasta muy recientemente en Libia y anteriormente en Argelia.

Es ampliamente reconocido que ni **Marruecos** ni **Túnez**, ambos firmantes de los principales tratados y convenciones sobre ADM (tal como se detalla en las Tablas I y III), transmiten alarma de ningún tipo. Únicamente cabe reseñar que el primero anunció ya en 1992 su intención de poner en marcha su primera central nuclear en el año 2010, mientras que el segundo inició en 1990 la construcción de su primer reactor nuclear²⁸.

En cuanto a **Mauritania**, la moderada intranquilidad que se generó a su alrededor durante la pasada década no fue provocada tanto por suponerle un verdadero afán proliferador, como por su debilidad estructural. Al margen del juicio que pudiera hacerse sobre las intenciones de sus gobernantes, uno de los efectos directos de su extrema fragilidad ha sido su dificultad para disponer de medios, tanto humanos como técnicos, para atender adecuadamente sus compromisos exteriores, acreditando personal ante los organismos internacionales y atendiendo a los requerimientos del entramado legal que regula las relaciones internacionales. Por otro lado, esa misma deficiencia era susceptible de ser aprovechada por otros actores en su propio beneficio, con riesgo de convertirse en una pieza secundaria del juego de otros gobiernos (como cuando circuló el rumor, nunca confirmado, de que pudiera ser un destino de los misiles irakíes que Sadam Husein trataba de salvar de las manos de los inspectores de la ONU, tras su derrota en 1991).

No puede decirse, en todo caso, que en la actualidad Mauritania haya despejado todas las dudas, no sólo porque queda por comprobar la orientación de su política de seguridad y defensa tras su reciente cambio de régimen, sino también debido a las asignaturas que aún tiene pendientes en la esfera de la proliferación de ADM. Sólo a finales de 1993 se decidió a depositar su solicitud de adhesión al TNP y todavía hoy se mantiene al margen de la Convención de Armas Químicas y de la de Armas Biológicas. A pesar de ello, y por lo que corresponde a los tres países citados hasta aquí puede decirse que ni disponen de ningún tipo de ADM, ni hay indicios de que esté en marcha ningún programa para hacerse con ellas.

La principal inquietud regional en los inicios de la pasada década vino derivada del estallido de la crisis argelina y de una sospechosa orientación proliferadora. Hoy –cuando la crisis parece amortiguada, aunque se

28. Hay que destacar que algunas fuentes no mencionan la construcción de este primer reactor. Véase por ejemplo *Jaffe Center for Strategic Studies*: (<http://www.tau.ac.il/jcss/balance/toc.html#Charts>).

mantengan rescoldos nada tranquilizadores y sigan pendientes las reformas que permitan al país encarar su futuro con más esperanza— **Argelia** sigue intentando despejar totalmente las incógnitas sobre su pretensión de hacerse con ADM, principalmente en el ámbito nuclear. Aunque con notables dosis de ambigüedad y de resistencia, la cuestión experimentó un avance muy positivo en 1995, cuando finalmente el gobierno argelino decidió adherirse al TNP y a la Convención de Armas Químicas en 1993; seguido del CTBT, en 1996.

Hasta ese momento, los recelos estaban focalizados en el comportamiento de unos responsables políticos, con las fuerzas armadas como un poderoso actor en la sombra, que parecían apuntar a las ADM como un objetivo prioritario en su intento por volcar en su favor la competencia por la hegemonía magrebí. Esta deriva, unida a un hipotético escenario en el que un grupo radical islámico obtuviese el poder, acrecentó notablemente los temores en las cancillerías occidentales, que trataron de forzar el abandono de los programas en marcha.

El principal de ellos era la construcción del reactor nuclear de El Salam (Ain Oussera, 125 km. al sur de Argel), en funcionamiento desde el 21 de diciembre de 1993, a lo que se unía el descubrimiento de importantes yacimientos de uranio en la región de Hoggar, al sudeste del país. El paso desde el pequeño reactor de investigación de Nour (1Mw de potencia), inaugurado en 1989 con ayuda de Argentina, hasta el de Ain Oussera, con tecnología china, tuvo un impacto notable en la evaluación de riesgos existentes en la región. Cabe recordar que entonces Argelia no era parte del TNP y que el reactor estaba ubicado en una zona de exclusión aérea, sin conexión con la red eléctrica nacional y con una potencia estimada de 15Mw (inferior, en todo caso, a los 40 estimados por algunas fuentes²⁹). Una situación, en definitiva, que no resultaba nada tranquilizadora en un contexto de violencia como el que ya estaba sufriendo el país, y cuando se repetían las acusaciones de que su construcción se había desarrollado en secreto (fue la CIA estadounidense quien dio a conocer su existencia en enero de 1991, aunque se estima que las obras se iniciaron en 1983-84). Se trataba de un proyecto que, al igual que ahora ocurre con Irán, no encajaba inicialmente en un país con una inmensa riqueza en hidrocarburos y que, en principio, no parecía necesitar embarcarse en un esfuerzo técnico y económico tan exigente para cubrir simplemente sus necesidades energéticas.

Ahora que Argelia parece ir dejando atrás su década negra, la situación en el terreno de las ADM va mostrando un perfil más positivo, aunque no cabe negar que los pasos adoptados revelan una cierta resistencia a superar definitivamente esa etapa. Así lo demuestra el hecho de que sólo en 2001 se haya producido la adhesión a la Convención de Armas Biológicas, mientras que ha habido que esperar hasta 2003 para que se haya ratificado finalmente el CTBT (desde su firma inicial en 1996) y a 2004 para aprobar la incorporación al Protocolo Adicional del TNP. Tal vez todo ello explique el hecho de

29. Véase por ejemplo <http://www.tau.ac.il/jcss/balance/Algeria.pdf> (*Jaffe Center for Strategic Studies*).

que Argelia todavía siga hoy apareciendo en los análisis de proliferación de ADM, como un país que pudiera tener activados desconocidos programas en el terreno biológico y químico. Sin embargo, aun en el hipotético caso de que existieran dichos programas, estarían muy lejanos de sus objetivos y, por tanto, de constituir una amenaza para la región. Lo mismo puede decirse al analizar la limitada disponibilidad argelina de lanzamiento de posibles ADM (a día de hoy no hay constancia de que existan misiles de largo alcance en sus arsenales y únicamente los 10 bombarderos Su-24 y los 40 Mig-23BN de dotación en el arma aérea podrían, teóricamente, servir como vectores).

En resumen, y sin que quepa certificar la desaparición de tentaciones proliferadoras más o menos confesables, cabe afirmar que Argelia ha dejado de suscitar el desasosiego de tiempos pasados.

Libia, por su parte, apenas comienza ahora a superar el ostracismo internacional que ha sufrido durante estos últimos veinte años. Como resultado combinado de sus propios errores y de juicios no siempre fundados sobre sus iniciativas e intenciones, el país ha sido percibido como un proliferador neto en prácticamente todos los terrenos de las ADM. Una mirada hacia el pasado nos presenta a un régimen que, a pesar de su condición de firmante del TNP desde 1968, parece haber intentado por vías muy diferentes el acceso a las armas nucleares (financiando parcialmente el programa nuclear paquistaní; pagando parte de la deuda externa de la India, a cambio de componentes, tecnología e, incluso, la propia bomba; buscando la contratación o el contacto con científicos nucleares de la antigua URSS o de alguna empresa occidental...). A pesar de estos indicios, ni la existencia de un reactor nuclear de 10Mw de potencia de origen soviético –localizado en Tarhunah³⁰ (50km. al Este de Trípoli) y en funcionamiento desde 1981– ni el proyecto, aparentemente inconcluso, de construir otro de menor potencia en la zona costera del Golfo de Sirte, modifican sustancialmente la idea de que Libia se encuentra, hoy como ayer, todavía muy lejos de acceder a las armas nucleares³¹.

De todas formas, quizá sean sus esfuerzos por hacerse con armas químicas y su palpable interés por contar con los misiles necesarios para utilizar este tipo de armas lo que mayor atención ha acaparado en la década pasada. Fueron, una vez más, fuentes estadounidenses las que dieron a conocer en marzo de 1990 que Libia estaba elaborando armas químicas en su fábrica de Rabta. Más concretamente, en 1994 ya se estimaba que su arsenal químico podía rondar las 50Tm de gas mostaza y unas 20-30Tm de gas sarín. A la existencia de esta fábrica –puesta en pie con la colaboración de empresas de países entonces satélites de Moscú, pero también de otras localizadas en Argentina, Brasil, China y

30. El *Jaffe Center for Strategic Studies*, por su parte, menciona un reactor en Tadjoura de 5Mw: (<http://www.tau.ac.il/jcss/balance/Libya.pdf>. GlobalSecurity.Org) y hace referencia a instalaciones químicas (no a nucleares) en Tarhunah. (<http://www.globalsecurity.org/wmd/world/libya/tarhuna.htm>).

31. Para la historia quedarían asimismo los planes de construir en la década de los setenta un reactor soviético de 440Mw (Cordesman, 2002).

Corea del Norte– se unía la sospecha de una segunda planta subterránea, en el área de Tarhunah, así como otras noticias sobre la adquisición de tecnología irakí para la fabricación de armas biológicas. En resumen, un panorama suficientemente desestabilizador, sobre todo si a lo anterior se le unían los reiterados intentos de adquirir misiles de alcance superior a los 1.000km., como el Nodong-1 de fabricación norcoreana, muy superiores a los Scud-B y otros similares ya en dotación en los arsenales libios (todos ellos con un alcance inferior a los 1.000km.)³².

La combinación de este comportamiento proliferador y de una política exterior percibida como errática y desestabilizadora explican la negativa imagen que Libia presentaba a principios de esta década. Una imagen que, por no hablar de su conexión con el terrorismo internacional (baste Lockerbie como ejemplo), venía fundamentada en su resistencia a integrarse en esquemas multilaterales de no proliferación, en su acumulación armamentística convencional (muy por encima de sus necesidades defensivas), en sus arsenales químicos (desplegados como componentes operativos de sus fuerzas armadas y usados ya en 1987), en sus programas de investigación en el área de las armas biológicas y en su incesante búsqueda de capacidades misilísticas. Quizás por todo ello sea aún más notoria la sorpresa causada el 19 de diciembre de 2003, cuando el régimen de la *Yamahiriya* anunció su intención de abandonar todos sus programas en ADM y de colaborar con Gran Bretaña y Estados Unidos en su completa eliminación.

Una vez superado el asunto de Lockerbie, se lograba poner fin de ese modo a nueve meses de negociaciones discretas entre las tres partes, en un ejemplo muy concreto de las bondades de la diplomacia y del sentido político del gobierno libio, al entender la urgente necesidad de modificar el rumbo mantenido hasta entonces como consecuencia del 11-S. Al margen de otras consideraciones que no son objeto de este informe, la decisión Libia se ha traducido en una inmediata mejora de su imagen, al tiempo que ha facilitado su reincorporación a la comunidad internacional, liberándola asimismo de las presiones ejercidas sobre ella por su supuesto apoyo al terrorismo internacional y por su carácter de proliferador en ADM. Además de abrir las puertas a especialistas británicos y estadounidenses para llevar a cabo, con métodos verificables y con testigos internacionales, la destrucción de sus programas y arsenales, Libia se ha apresurado a ponerse al día con su integración en los principales marcos multilaterales de no proliferación (en 2004 decidió incorporarse a la Convención de Armas Químicas y al Protocolo Adicional del TNP, así como depositar su adhesión al CTBT, que había firmado previamente en 2002).

Lo que se deduce, en resumen, de lo dicho sobre los cinco Estados Miembros de la Unión del Magreb Árabe es que actualmente no presentan un riesgo proliferador notable ni a escala mediterránea ni, mucho menos, a nivel mundial. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que, al igual que sucede en otras partes del planeta, ninguno de ellos es ajeno a las motivaciones tradicionales que siguen alimentando la proliferación.

32 Véase Diagrama I en el Anexo.

Israel y sus vecinos árabes

La única iniciativa real, aunque nula en cuanto a sus resultados, para frenar hasta hoy la proliferación armamentística en Oriente Medio ha sido la asumida por el Grupo de Trabajo sobre Control de Armas y Seguridad Regional, en el marco de las negociaciones multilaterales del hoy fenecido Proceso de Paz (Madrid, 1991). Durante el escaso período en el que estuvo activo, sus trabajos nunca pudieron ir más allá del intento, frustrado, de crear medidas de confianza y seguridad sin opción ninguna, por la frontal oposición israelí, de considerar la posibilidad de avanzar en la no proliferación de armas (ni en el ámbito convencional, ni mucho menos en el de las ADM). Ésa es la realidad que debemos tomar en cuenta al acercarnos a una zona tan convulsa como la que engloba a Israel y a sus vecinos árabes.

Con todas las dificultades que supone identificar a un país como el principal proliferador regional, en lo que incumbe al Mediterráneo parece existir un consenso generalizado para asignarle dicho título a **Israel**. Por muy diversos motivos, y por reiteradas que sean las negativas o la indefinición oficial al respecto³³, Israel aparece hoy como la principal potencia militar del área, derivado de su clara superioridad convencional (medida no tanto en términos numéricos como en su rendimiento en el campo de batalla) y de sus arsenales nucleares y químicos, a los que se debe añadir una amplia gama de vectores de lanzamiento totalmente operativos. Este hecho lo convierte en una referencia incuestionable, que hace que todos los demás países de Oriente Próximo (e incluso del Magreb y de Oriente Medio) aparezcan como proliferadores reactivos (aunque no todo lo que aquí ocurre en conexión con las ADM venga explicado exclusivamente en términos de oposición árabe-israelí).

En un momento en el que vuelven a generarse expectativas, no muy fundadas, sobre la paz en la zona, a partir de la retirada unilateral de Israel de los asentamientos de Gaza, conviene recordar que el tiempo apenas ha modificado las percepciones de amenaza entre los bandos enfrentados, ni sus políticas de seguridad y defensa. Es cierto que una nueva guerra abierta entre árabes e israelíes parece hoy una hipótesis improbable, pero también lo es que la intensidad de los múltiples focos de tensión existentes hace difícil imaginar que puedan invertirse a corto plazo las poderosas tendencias desestabilizadoras que, entre otras consecuencias, sirven de base para la proliferación de ADM.

A grandes rasgos la situación en este ámbito sigue caracterizada por la existencia del monopolio nuclear de Israel, instalado cómodamente entre las potencias nucleares en la medida en que cuenta con un respaldo incuestionable de Washington. Por su parte, los gobiernos árabes se mueven entre la denuncia permanente de la amenaza que eso supone para la estabilidad del área y los intentos por compensar

33. Desde 1969 existe un acuerdo entre Israel y Estados Unidos, por el que el primero rehusaba declarar si poseía o no armas nucleares, renunciando a posibles lanzamientos experimentales y todo ello, se sostenía, con el objetivo de no incentivar la proliferación nuclear.

la desventaja estratégica que ello implica, procurando hacerse con armas químicas o biológicas. Así viene alimentándose desde hace décadas la incesante espiral armamentista que coloca al Mediterráneo en su totalidad como la región más militarizada del planeta.

Israel justifica su comportamiento proliferador con la idea de que no cabe, en ningún caso, depender de otros para garantizar su siempre amenazada existencia³⁴. En sus planteamientos, y partiendo del hecho de que sigue sin lograr la aceptación de sus vecinos dentro de fronteras seguras, es bien consciente de su imposibilidad para hacerlas invulnerables y de la exigua profundidad estratégica de su territorio (sobre todo antes de 1967). Todo esto, desde una óptica que sigue muy lastrada por consideraciones propias de la Guerra Fría, le ha llevado a realizar un esfuerzo sostenido en el tiempo que implica una parte muy sustancial de sus recursos humanos, económicos, científicos y, por supuesto, militares. En sus propios cálculos se entiende que esta imperiosa necesidad de mantener la superioridad estratégica frente a todos sus vecinos resultaría excesivamente onerosa, y quizás no suficientemente disuasoria, si se basara exclusivamente en unas fuerzas armadas convencionales. De ahí que, ya desde sus primeros pasos como Estado independiente, los dirigentes israelíes se decantaran por la opción nuclear como la mejor vía para lograr sus objetivos nacionales en un marco de confrontación casi permanente. Sobre estas bases, y desde hace ya mucho tiempo, Israel ha ido adoptando un enfoque de la seguridad nacional que le obliga a mantener a toda costa el monopolio nuclear en la región³⁵ y que lo hace insensible al hecho de que su propio esquema de actuación genera inseguridad en la zona y, por tanto, estimula la proliferación de sus vecinos árabes.

En todo caso, los hechos no hacen más que invalidar esa supuesta autonomía militar. Por un lado, porque Israel se aprovecha de un respaldo externo tan poderoso como el de Washington, que le garantiza una capacidad de resistencia muy superior a la de sus propias fuerzas. Pero, por otro, porque es obvio que su potencial militar, incluyendo el de las ADM, nunca habría sido el que tiene si no hubiera contando con el apoyo directo de potencias como Francia y los propios EEUU, sin olvidar a Sudáfrica, para desarrollar sus programas y sus arsenales nucleares. A lo largo del tiempo, y eso sigue siendo válido en la actualidad, Israel ha sabido que Washington –último garante de su seguridad– va a apoyarle en cualquier conflicto que pueda poner en riesgo su supervivencia, con tal de evitar que se lleguen a emplear ADM. De esa forma, el arsenal nuclear israelí constituye no sólo un imponente factor de disuasión frente a los árabes, sino también una garantía del apoyo norteamericano.

34. Véase: Ravenel, Bernard (1996) "Israel, futur gendarme nucléaire au Proche-Orient?" en *Confluences Méditerranée*, N. 18, pp. 125/134. También: Inbar, Efrain (1996) "Contours of Israel's new strategic thinking", en *Political Science Quarterly*, Vol. 111, N. 1, pp. 41/64.

35. Baste citar lo ocurrido en 1981, cuando los cazas israelíes bombardearon el reactor nuclear irakí de Osirak, en un momento en el que Sadam Husein era todavía un buen aliado de Occidente, y, más recientemente, el énfasis puesto en recabar la colaboración internacional para frenar o destruir cualquier intento irakí o iraní de hacerse con ADM.

En paralelo a estas dinámicas, Israel mantiene el rumbo trazado hace ya muchos años. Por una parte, sigue renunciando a adherirse tanto al TNP y a su Protocolo Adicional como a la Convención de Armas Biológicas (aunque sí firmó la Convención de Armas Químicas en 1993, sin haberla ratificado hasta el día de hoy, y el CTBT, en 1996), al entender que estos esquemas no pueden ser de aplicación en una zona sometida a un conflicto como el que mantienen con sus vecinos. En sus escasas declaraciones sobre el tema, los responsables israelíes de estas materias defienden la idea de un mundo libre de ADM, pero reiteran simultáneamente la imposibilidad de aplicar esa idea a la región. Cuentan para ello, además, con un mayoritario apoyo de su propia opinión pública (como se ha vuelto a poner recientemente de manifiesto con la liberación en 2004, tras 18 años de cárcel, de Mordejai Vanunu, ciudadano israelí conocido por sus revelaciones sobre el arsenal nuclear atesorado por Israel hasta mediados de los años ochenta) y con un consenso entre las fuerzas políticas prácticamente inamovible. Entienden, asimismo, que Israel ha sido siempre un actor internacional responsable y en ningún caso se perciben a sí mismos como responsables de la carrera de armamentos experimentada en la región, sin asumir que su propia posesión de ADM estimula el afán imitador de sus vecinos. En estas circunstancias, nada puede esperarse de las puntuales visitas de los inspectores de la AIEA –vista desde Tel Aviv como totalmente ineficaz (en la medida en que ha permitido casos como los de Irak, Libia o Irán)–, en su intento por incorporar a Israel a la dinámica de la no proliferación³⁶. En sentido contrario, tampoco parece posible que Israel logre, como desea, formar parte del Comité de Gobernadores de la Agencia.

Por otra parte, Israel entiende que su hipotética renuncia a las ADM no haría más que incrementar la inestabilidad en la zona, porque algunos de sus vecinos entenderían que en esas condiciones tendría más posibilidades de éxito un ataque directo a quien siguen considerando el enemigo a batir. Para los planificadores israelíes las amenazas no han cambiado sustancialmente (si ayer fueron las planteadas por Egipto, Siria o Irak, las primeras a considerar hoy son las de Irán) y, por ello, se defiende la necesidad de contar con un arma de último recurso que pueda impedir la materialización de esa eterna pesadilla de verse expulsados de lo que consideran su tierra. Las tendencias no apuntan, por tanto, a una renuncia a estas capacidades, en un intento por rebajar las tensiones y por generar una confianza mutua hoy inexistente. Por el contrario, los últimos indicios señalan que Israel, altamente preocupado por lo que consideran ya como un hecho (el pronto acceso de Irán al arma nuclear), estaría inclinado a considerar la necesidad de seguir a Washington en su visión del ingenio nuclear como un arma adecuada para determinados escenarios de combate (así parece dedu-

36. En su última visita al país (efectuada del 6 al 8 de julio de 2004, que era la primera desde 1998), el máximo responsable de la Agencia, el egipcio Mohamed el Baradei, apenas pudo reiterar su eterna petición de que Israel ingrese en el TNP, para encontrarse con una repetición de argumentos igualmente ya conocidos. En la práctica, los inspectores de la AIEA, de la que Israel es miembro desde su creación en 1957, volvieron a constatar que su libertad de movimientos se ve limitada a la inspección del reactor de Nahal Sorek, sin posibilidad alguna de acercarse a Dimona.

cirse de su *Comprehensive Strategic Review*, de 1999). Asimismo, estaría evaluando la conveniencia de hacer oficialmente público en algún momento su carácter de potencia nuclear, lo que evidenciaría su capacidad de segundo golpe frente a un ataque nuclear.

Por último, y a pesar de los bien conocidos obstáculos para traspasar el muro de silencio oficial, la comunidad internacional asume que Israel cuenta tanto con armas nucleares como químicas en estado operativo, y al menos con programas de investigación sobre armas químicas y sobre el uso ofensivo de armas biológicas con un grado de desarrollo desconocido (el ya citado informe del *Carnegie Endowment for International Peace* hace referencia a un ambicioso programa que le permitiría disponer ya en la actualidad de ántrax y de otros agentes avanzados, así como de toxinas). La práctica totalidad de las fuentes consultadas coinciden en atribuir a Israel un arsenal nuclear cercano a las 200 cabezas³⁷. La existencia del complejo de Dimona³⁸, construido con ayuda francesa y en permanente ampliación desde que inició sus actividades en 1963, así como la contrastada capacidad para poner satélites en órbita (los primeros lanzamientos exitosos con los cohetes Ofteq I y II se realizaron en septiembre de 1988 y abril de 1990) y para fabricar sus propios misiles (se estima que actualmente posee, entre otros misiles balísticos y de crucero, en torno a unos 50 Jericho-1, con un alcance de 600km., y hasta un centenar de Jericho-2, que llegan hasta los 1.500km.) son evidencias suficientes del poderío israelí en ADM, a las que todavía es preciso añadir el misil Shavit, con capacidad para transportar una carga de 1.000kg. a unos 4.500km. de distancia³⁹.

A pesar de lo que pudiera dar a entender una primera aproximación al tema desde la perspectiva árabe, no resulta nada sencillo identificar posturas comunes entre ellos, más allá del tradicional rechazo a Israel (pero asimismo graduado con distinta intensidad según los casos). Resulta por ello altamente problemático hablar de una visión árabe sobre ADM⁴⁰.

Egipto es, en cualquier caso, el país que con mayor intensidad ha procurado, sin contar siempre con el respaldo del resto de la comunidad de estados árabes, elaborar ideas y propuestas que pudieran servir de base

37. Uno de los análisis clásicos y todavía vigentes sobre la capacidad nuclear israelí puede consultarse en: Seymour Hersh (1991): *The Samson option: Israel's nuclear arsenal and American foreign policy*, Random House, New York.

38. Las estimaciones sobre su capacidad van desde los 15 hasta los 40 kilos de plutonio al año, lo que permitiría fabricar hasta 6 cabezas/año. El sistema nuclear israelí se completa con el ya mencionado reactor de investigación de Nahal Soreq, de 5Mw de potencia y en funcionamiento desde 1960.

39. Todo ello sin contar con sus aviones F-15, F-16, F-4E y Phantom 2000, que gracias a la capacidad israelí de reabastecimiento en vuelo pueden transportar cabezas nucleares y químicas a distancias aún mayores si fuera preciso. Además, hay indicios de que tanto los misiles crucero Popeye, como al menos dos de sus submarinos Clase Dolphin pueden, igualmente, llevar cargas nucleares (Cordeman, 2002).

40. A los estudios de los primeros años noventa- como los de Edward Atkeson (1993) "The Middle East: a dynamic military net assessment for the 1990s", en *The Washington Quarterly*, Vol. 16., N. 2, pp. 115/133 y Gerald Steinberg (1994): "Middle East arms control and regional security", en *Survival*, Vol. 36 N. 1, pp. 126/141- pueden añadirse los que regularmente viene ofreciendo el Middle East Military Balance, publicado por el *Jaffe Centre for Strategic Studies*.

para formular una estrategia común al respecto. En su pretensión de liderar el mundo árabe intenta movilizar al resto de los veintidós estados de la Liga Árabe, o al menos a los vecinos más inmediatos de Israel, para forzar a éste último y a la comunidad internacional a favor de sus tesis.

Tal como prefiere imaginarlo, la seguridad regional desde una perspectiva árabe parte del convencimiento de que el monopolio nuclear israelí es la principal fuente de amenaza a considerar y, en consecuencia, el objetivo mínimo a lograr es el de quebrar el esquema actual de subordinación, para unos, o de humillación, para otros, que esto supone. Existe también un amplio acuerdo en considerar que la comunidad internacional (con Estados Unidos y la ONU como principales referentes) aplica un doble rasero a la hora de enjuiciar los actos realizados por ambas partes, muy evidente a la hora de exigir la aplicación de cualquier tipo de resolución. Se alimenta así un entremezclado sentimiento de impotencia y rebeldía que, en definitiva, termina por manifestarse en forma de desdén hacia las leyes internacionales, al considerar que no resultan eficaces para la resolución de los problemas pendientes, y de apuesta por opciones basadas en la amenaza de la fuerza y en su eventual uso como únicas vías a considerar.

A pesar de los sucesivos intentos liderados normalmente por El Cairo, ese planteamiento global no ha llegado nunca a concretarse en un plan de acción con perfiles bien definidos. Como acaba de comprobarse una vez más en la última Conferencia de Revisión del TNP, Egipto no consigue convencer al resto de los países árabes para adoptar una postura común frente a Israel, poniendo de manifiesto tanto la divergencia de sus posiciones internas y sus recelos históricos como el poder de Washington a la hora de utilizar su influencia para romper cualquier acuerdo de grupo. Por otra parte, si dicho plan de acción se llevara algún día a la práctica cabe imaginar que una de sus implicaciones más obvias sería la aceleración de la carrera de armamentos, no sólo por tratar de emular a Israel (lo que elevaría aún más el nivel de riesgo actual), sino también como reflejo de las rivalidades interárabes.

Por lo que afecta a las capacidades de los países árabes en el campo de las ADM –y sin que quepa confusión alguna sobre la abrumadora superioridad que Israel mantiene con cada uno de ellos por separado, pero también considerados en su conjunto–, el panorama es igualmente variado. Si por una parte, países como **Jordania** o **Líbano** (aunque éste sea uno de los diez países que, con fecha de agosto de 2005, todavía no haya firmado la Convención de Armas Químicas, o se resista a asumir el Protocolo Adicional del TNP o el CTBT, es ampliamente reconocido que su postura responde mucho más a la influencia que Damasco ejerce sobre Beirut que a una impensable ambición proliferadora libanesa) ni siquiera aparecen en los estudios sobre el tema, otros, como Egipto o Siria, concitan una atención no exenta de preocupación, dada su marcada opción proliferadora.

Aunque siga los mismo pasos de Israel en su empeño por negar oficialmente las evidencias, es un hecho sobradamente demostrado que **Egipto** no sólo posee armas químicas en sus arsenales militares, sino que también tiene, al menos desde los años sesenta, capacidad para su producción (para lo que ha contado, entre otros, con la colaboración de

China, Corea del Norte e Irak, pero también de Francia, Gran Bretaña o Argentina). Mientras que la opción nuclear sólo parece haber sido contemplada con cierta seriedad hasta mediados de los años sesenta (Egipto, que es parte del TNP desde 1981, habría abandonado su programa de desarrollo a partir de su derrota en la guerra de 1967 y hoy tan sólo dispone de dos reactores nucleares de investigación, ambos ubicados en Inshas, de 2 y 22Mw de potencia respectivamente), la apuesta por las armas químicas⁴¹ y biológicas⁴² constituye un rasgo característico del planeamiento de la seguridad egipcia, intentando contar con algún medio que compense la ventaja israelí. Combinado con su capacidad misilística (desde el Frog-7, con apenas 40km. de alcance, hasta el Badar-2000, que ronda los 1.000, sin olvidar al más clásico Scud-B, con 300, o a los sucesivos desarrollos del Scud-C), la imagen final resultante apenas hace creíble un cierto grado de disuasión sobre sus potenciales adversarios.

Si bien es cierto que, como ya se ha señalado con anterioridad, Egipto ha firmado el TNP, ha impulsado el Tratado de Pelindaba⁴³ y ha defendido en numerosas ocasiones la idea de un Oriente Próximo libre de ADM, ha procurado mantener una postura de rechazo a la mayoría de los esfuerzos más recientes en el terreno de la no proliferación, como método para forzar a Israel a ceder en sus posiciones. Como consecuencia de ello, se ha mantenido al margen del Protocolo Adicional del TNP y de la Convención de Armas Químicas (aunque si firmó en 1996 el CTBT, sin llegar aún a ratificarlo), sin que tampoco se haya decidido hasta ahora a depositar su adhesión a la Convención de Armas Biológicas, que había firmado en 1972.

Siria, huérfana hoy del apoyo que en su día le prestara Moscú, vive con dificultades su adaptación a los nuevos tiempos, en medio de una transición que no termina de desembarazarse de esquemas ya periclitados y de un contexto regional en el que se ve sometida a enormes presiones externas para que, por un lado, abandone su papel de líder del frente de rechazo a Israel, más simbólico que real en todo caso, y, por otro, para que dé por cerrada su etapa de control sobre Líbano. Todo ello mientras pretende competir con Egipto por el liderazgo regional entre los árabes y, al mismo tiempo, trata de librarse de la presión de Turquía y reacomodar sus relaciones con Irak, tradicional rival en la zona. Tal vez demasiadas tareas para un país sin suficientes recursos propios para sostener tal empeño.

41. Fue el primer país de Oriente Próximo en hacerse con ellas y también el primero en usarlas. Nunca ha confirmado la destrucción de sus arsenales, por lo que se supone que todavía conservaría esta capacidad.
42. Su programa se remonta a los años sesenta y ya en 1972 Washington daba por seguro que contaba con capacidad operativa en este campo.
43. Firmado en El Cairo, el 11 de abril de 1996, establece una zona libre de armas nucleares en el continente africano. Está prevista su entrada en vigor cuando sea ratificado por 28 estados africanos, lo que no ha ocurrido todavía. Por lo que respecta a los países objeto de estudio en estas páginas, únicamente Argelia (el 11 de febrero de 1998) y Mauritania (el 24 de febrero de 1998) lo han depositado, mientras que Maruecos, Túnez, Libia y el propio Egipto se han limitado a firmarlo en la fecha en que fue establecido.

Aun así, su potencial en ADM no es en absoluto despreciable. En primer lugar, y principalmente como derivación de su toma de postura con respecto a Israel y como contrapeso al pretendido liderazgo egipcio entre los países árabes, Siria intenta jugar un doble papel. En el terreno político y diplomático, lanza también sus propias propuestas de eliminación total de ADM en el Mediterráneo y, utilizando argumentos parejos a los egipcios, se resiste simultáneamente a asumir el Protocolo Adicional del TNP, así como a incorporarse a la Convención de Armas Químicas y al CTBT o a ratificar la de Armas Biológicas. En el militar, mientras tanto, mantiene un esfuerzo considerable para conservar sus capacidades químicas, con ingenios desplegados desde hace tiempo en sus fuerzas armadas, sin abandonar sus coqueteos con las armas biológicas e incluso con las nucleares (aunque únicamente cuenta con un pequeño reactor de investigación, localizado en Damasco). De igual manera, procura completar su capacidad misilística, añadiendo los M-9 chinos y los SS-23 rusos a los Scud-B y C que ya tiene en sus arsenales. Al igual que ocurre con la mayoría de los países de la zona inmersos en esta dinámica proliferadora, lo que se acumula en los arsenales sirios es mucho más el resultado de adquisiciones en el exterior (con Rusia, China, India y Corea del Norte como suministradores principales) que de desarrollos propios, como un reflejo obvio de las insuficiencias científicas y tecnológicas para acceder a un nivel reservado únicamente a unos pocos. En todo caso, sus recursos en el campo de las ADM obligan a considerar a Siria como un actor relevante en cualquier cálculo regional.

En resumen, y más allá de las capacidades reales que cada uno pueda poner sobre la mesa, existe una diferencia fundamental entre israelíes y árabes, cuando se trata de imaginar cuál puede ser la probabilidad de uso de estas ADM. Mientras que podría concebirse que Israel decidiera hacer uso de sus arsenales nucleares como último recurso si su propia supervivencia estuviera en juego, resulta mucho más difícil encontrar un supuesto en el que los países árabes tomaran la misma decisión (con unas armas químicas y biológicas que, de ningún modo tienen el mismo poder disuasivo ni destructivo). No se trata ya únicamente de problemas técnicos a la hora de manejarlas, lo que puede conducir a la autodisuasión –como se puso de manifiesto cuando la amenaza irakí sobre Israel durante la II Guerra del Golfo (1991) nunca llegó a materializarse–, ni tampoco del temor a la represalia israelí sino, sobre todo, del hecho de que cualquier utilización de ADM en suelo israelí supondría directamente convertir a los palestinos de los Territorios Ocupados (en torno a los 3,5 millones) y del propio Israel (por encima del millón de personas) en objetivos directos de estas armas. El coste humano, social y político que esto tendría para cualquier país árabe hace aún más impensable que sus ADM puedan ser empleadas nunca contra su adversario común.

Aún aceptando implícitamente esta situación y asumiendo que no hay posibilidad de resolver los problemas existentes por la vía militar, esto no quiere decir, como ya se ha señalado anteriormente, que no existan motivos en la región para mantener una abierta actitud proliferadora. Tanto los cálculos con respecto a otras amenazas diferentes a las que supone Israel, como el efecto combinado de los condicionantes ya mencionados en el apartado II explican suficientemente estos comportamientos. Dicho de otro modo, imaginar, como en ocasiones se

quiere suponer, que la hipotética resolución del conflicto entre israelíes y árabes se traduciría en un inmediato abandono de estos esquemas proliferadores es claramente infundado, en tanto que están impulsados por variables que responden a otros factores (en los que se entrecruzan factores nacionales, vecinales, regionales y hasta internacionales).

A la espera de lo que pueda dar de sí el actual proceso de retirada israelí de la Franja de Gaza, y entendiendo que los problemas de seguridad que puedan plantear los palestinos son de un orden muy distinto a los que implican las ADM, sólo cabe reiterar que no se ha producido todavía ningún cambio sustancial en los planteamientos de seguridad y defensa de las partes enfrentadas en la zona. La única referencia esperanzadora que es posible señalar hoy sigue apuntando al ya mencionado Grupo de Trabajo sobre Control de Armas y Seguridad Regional, paralizado ya desde mediados de la pasada década, por cuanto en su seno se logró (en 1994) un cierto consenso sobre principios de paz y seguridad en el área, que incluía la posibilidad de establecer una futura zona libre de ADM en Oriente Medio⁴⁴. Aunque no se logró entonces un compromiso efectivo para llegar a su puesta en marcha, quedó flotando la idea de que es posible avanzar en esa línea cuando las condiciones políticas lo permitan.

Para ello sería necesario que Israel abandonara su tradicional planteamiento de que cualquier avance en ese terreno sólo puede darse después de que se haya consolidado la paz en la región (aprendiendo de casos como los de los acuerdos SALT o START, que se lograron en medio de un clima de Guerra Fría bien evidente, o del Tratado de Pelindaba, en un contexto africano salpicado de conflictos armados). Según sus cálculos, sería a partir de ese momento (que incluso durante la última etapa de gobierno laborista llegó a cifrarse en dos años a partir de la entrada en vigor de todos los acuerdos de paz con sus vecinos) cuando podrían iniciarse las negociaciones para establecer un sistema de control de armas y de desarme en todas las categorías de armas. Del mismo modo, los países árabes tendrían que moverse de sus posiciones habituales, que entienden que es precisamente el comportamiento israelí el que configura la principal amenaza para la seguridad de la zona y, por tanto, sólo a partir de su renuncia se podría desarrollar un proceso que condujera a ese ideal. Las actuales dinámicas de la región no favorecen cambios de rumbo tan notables como los que exige la agenda de un proceso de reducción sustancial (y menos aún de la eliminación) de los arsenales acumulados. A todos parece resultar más cómodo escudarse en la inflexibilidad del oponente, y utilizar la pervivencia del conflicto como excusa para la parálisis, que aventurarse en caminos poco atractivos para quienes se mueven desde hace mucho tiempo con esquemas propios de la Guerra Fría.

44. Una visión cronológica de las actividades de este grupo de trabajo puede verse en Joel Peters (1994): *Building bridges. The Arab-Israeli multilateral talks*, The Royal Institute of International Affairs, Londres. Para una visión egipcia también puede verse Mahmoud Karem (1995): "The Middle East existing status of regional efforts and arrangements", en *Arms control and security in the Middle East and the CIS republics* (Theodore A. Couloumbis/Thanos P. Dokos, eds.), ELIAMEP, Athens, pp. 95/120.

El Golfo Pérsico en medio del huracán

Es obvio que, desde una perspectiva meramente geográfica, ninguno de los países del Golfo Pérsico o Árabe puede considerarse mediterráneo. Sin embargo, también lo es que no puede analizarse la seguridad de la región sin tomarlos en consideración, como actores directamente implicados en todo lo que allí acontece. A las conexiones que relacionan a estos países con el conflicto árabe-israelí se unen otras, no menos importantes, que ponen de manifiesto las difíciles relaciones entre vecinos, así como asignaturas pendientes de tipo transversal (como la que afecta al pueblo kurdo, fragmentado entre varios países), percepciones no siempre amistosas con respecto a determinadas potencias extrarregionales con intereses en el área (Estados Unidos, Rusia y China principalmente) y una tensión permanente entre quienes aspiran al liderazgo de una zona en la que ninguno de los pretendientes –ni Arabia Saudí siempre, ni Irak antes, ni Irán ahora– parecen convencer fácilmente a los demás. En todo caso, y dado que estas páginas tienen como foco principal de estudio lo que ocurre en el Mediterráneo, únicamente se toman en consideración aquellas variables que están directamente conectadas con asuntos mediterráneos; sin que ello suponga que éste sea un factor más importante que los demás.

Desde la perspectiva de las ADM es bien sabido que, al menos desde finales de los años ochenta hasta 2003, **Irak** se había convertido en una auténtica obsesión. De poco servían entonces los reiterados informes de los inspectores de la ONU, que intentaban rebajar el nivel general de preocupación afirmando que los arsenales existentes y los programas en marcha habían sido prácticamente desmantelados ya a mediados de la década pasada (la campaña militar, diseñada sobre argumentos que se han demostrado posteriormente falsos, y la situación de alta inseguridad que oscurece hoy el futuro del Irak post-Sadam Husein son asuntos que quedan fuera del marco de estudio de este informe). En la actualidad, una vez desactivada la pieza irakí, es **Irán** quien se ha convertido en la pesadilla principal de la zona, ante su supuesta actitud proliferadora, especialmente en el terreno nuclear. El resto de los países del Golfo no presentan perfiles inquietantes, dado que su generalizada debilidad militar no les otorga el rango de amenazas, por mucho que sus planteamientos y acciones puedan resultar en ocasiones contraproducentes para la seguridad regional.

Antes de concentrar el foco en Irán, cabe decir que en la actualidad no hay señales de que ningún otro país del Golfo esté desarrollando ningún proceso ligado a las ADM que haya disparado las alarmas. Irak está claramente fuera de juego en este campo y, al menos por un tiempo, el control estadounidense garantiza que no se pondrá en marcha ningún nuevo intento⁴⁵. Aunque así sea, no conviene olvidar que un problema como el planteado en su momento por este, o por cualquier otro país, no se soluciona únicamente con la destrucción de sus arsenales y programas. Si no varían las causas que alimentan ese impulso, lo máximo

45. En todo caso mantiene una relativa capacidad misilística de corto alcance y, a 23 de agosto de 2005, todavía seguía pendiente de firmar la Convención de Armas Químicas.

que cabe lograr es un cierto retardo en la consecución del objetivo perseguido. Por lo que respecta a Irak, basta con pensar en su significativa capacidad económica y en su numerosa comunidad científica y técnica, con una larga experiencia en estos campos (estimada a mediados de la pasada década en unos 7.000 efectivos⁴⁶), para imaginar que si no varían totalmente sus condicionantes geoestratégicos no tardará en volver a aflorar su voluntad proliferadora.

Por su parte, los **Emiratos Árabes Unidos** (que dispone de misiles de corto alcance y que no ha ratificado aún la Convención de Armas Biológicas), **Yemen** (con misiles de corto alcance en sus arsenales (Scud B y SS-21) y que aún no ha firmado el Protocolo Adicional del TNP), **Bahrein** (dotado también con misiles de corto alcance), **Qatar, Omán o Kuwait** están asimismo al margen de dinámicas proliferadoras como las que efectivamente promueve desde hace mucho tiempo Irán. En los cálculos sobre futuros escenarios regionales desestabilizadores conviene reservar un lugar importante a **Arabia Saudí**, por mucho que hasta ahora no quepa hacer más que meras suposiciones al respecto. Riad ya dispone de misiles de alcance superior a los 1.000km. (los CSS-2 de origen chino) y se resiste a firmar tanto el Protocolo Adicional del TNP como el CTBT. La práctica inexistencia de una comunidad científica experimentada en el terreno de las ADM no tendría, en teoría, que ser un obstáculo insuperable para un país con suficientes recursos económicos como para plantearse otras vías que le permitan alcanzar a medio plazo ese objetivo. Con la obligada cautela que exige un tema tan sensible como éste, puede imaginarse que su orientación futura dependerá en gran parte de cómo evolucionen sus relaciones con Washington (a partir de la brecha que se ha abierto entre ambas capitales desde el 11-S, Riad podría llegar a la conclusión de que su seguridad ya no estaría totalmente garantizada por su protector tradicional, lo que podría hacerle obrar en consecuencia, dotándose de capacidades más resolutivas) y de cuál sea el resultado del actual esfuerzo iraní en el terreno nuclear (no resulta fácil suponer que Riad permanezca imperturbable, si Teherán accede finalmente al arma nuclear).

En claro contraste con esta imagen, es **Irán** quien viene absorbiendo con fuerza creciente la atención mundial en estos últimos tiempos, con acusaciones muy directas de estar desarrollando un amplio programa que a corto plazo le daría acceso al arma nuclear. Esta realidad justifica, por tanto, que las páginas siguientes se dediquen a analizar los rasgos esenciales del comportamiento de este tradicional proliferador (así calificado en función de sus declarados programas químicos⁴⁷ y de las evidencias, negadas siempre por Teherán, de haber acumulado diferentes componentes químicos y biológicos en sus arsenales). Se asume, con ello, el riesgo de tratar un asunto controvertido y sobre el que todavía resulta imposible fijar una opinión definitiva, pero que está poniendo a prueba los esquemas sobre los que se basan hoy las relaciones internacionales y la seguridad mundial.

46. Cohen, Avner (1995): "The nuclear equation in a new Middle East", en *The Nonproliferation Review*, Vol. 2, N. 2, pp. 12/30.

47. Así lo hicieron los propios representantes iraníes, en 1998, en el marco de una sesión de la Convención de Armas Químicas.

Como se ha indicado antes, las tentaciones nucleares iraníes vienen manifestándose desde hace décadas. De hecho, ya en tiempos del anterior régimen, con el *Sha* como fiel aliado de las principales potencias occidentales, existía una clara vocación de liderazgo que, entre otras motivaciones, parecía necesitar de un brazo armado con ingenios de destrucción masiva para así colocarse por encima de sus vecinos y para atender a sus amenazas externas (en un entorno mayoritariamente árabe, poco inclinado a aceptar ningún dictado persa). Esa vocación fue generosamente alimentada por Washington –facilitando material militar en grandes cantidades y en condiciones muy ventajosas–, por París –que en 1977 firmó un acuerdo con Teherán, por el que se construirían dos centrales nucleares (con intención de ampliarlas a cuatro poco tiempo después)– y por Bonn –a quien el *Sha* solicitó el apoyo para la construcción de otras dos centrales, en el marco de un ambicioso proyecto para llegar a disponer de hasta 20 centrales de ese tipo–. Eran tiempos en los que, como ahora vuelve a propugnar el discurso de los que se alinean con las opciones lideradas por Washington, no se consideraba que el arma nuclear fuese intrínsecamente mala, sino que, en todo caso, lo perverso era el perfil de algunos regímenes, a los que bajo ninguna circunstancia cabía permitir su posesión. Tampoco se cuestionaba entonces, al contrario de lo que hoy sucede, si tenía sentido apoyar un desarrollo tan evidente y abrumador de la energía nuclear por parte de un país que figuraba, igual que en nuestros días, como uno de los principales productores mundiales de gas y petróleo.

Aunque esos planes iniciales del *Sha* no hayan llegado a convertirse en realidades, la senda abierta en aquellos momentos se ha seguido explorando sin descanso. Así lo decidieron quienes lo derrocaron en 1979 –tras superar ciertos reparos religiosos del propio líder de la revolución desencadenada entonces, el *ayatollah* Ruhollah Jomeini, que consideraba el arma nuclear contraria al Islam– y así lo han asumido sus continuadores hasta la actualidad. Ahora que con el recién elegido presidente, Mahmud Ahmadineyad, parece abrirse un nuevo período, no necesariamente más positivo, el régimen de los religiosos (*velayat e faqih*) no va a tener fácil la tarea de mejorar el balance acumulado en estos últimos 25 años ni, por otro lado, de modificar el rumbo marcado por decisiones previas. Irán transmite hoy la imagen de un régimen que no logra satisfacer las demandas de su propia población (tanto económicas como sociales o políticas) y que no ha podido reinsertarse plenamente en la escena internacional.

La combinación de esta percepción, que se traduce en un clima permanente de frustración y asedio, con la previsible orientación conservadora de sus actuales máximos responsables (con el líder supremo, Ali Jamenei, y el ya citado Ahmadineyad a la cabeza) conducen a un escenario en el que resulta muy improbable que se produzca la renuncia total al dominio del átomo. El discurso a favor de un programa nuclear autónomo, salpicado en ocasiones con apelaciones directas a su naturaleza militar, se ha convertido con el tiempo ya no sólo en una cuestión estratégica reservada a los especialistas, sino en un asunto de interés nacional que cuenta con el apoyo de la inmensa mayoría de la población y de los distintos actores políticos iraníes. Insistir en esa línea es visto como un signo vital de orgullo nacional, de justicia internacional, de soberanía y de autonomía frente a los enemigos externos (tantas veces identificados con EEUU en el imaginario colectivo del Irán de estas últimas décadas).

Una vez que reconocieron públicamente que había un programa nuclear en marcha (reiniciado a partir de 1987, en la etapa final de su enfrentamiento armado con Irak), los gobernantes iraníes se han preocupado de convencer, simultáneamente, a la comunidad internacional de su naturaleza estrictamente civil y a su opinión pública de los efectos positivos que de él se derivarían. Al margen de defender el derecho que les asiste, como a cualquier otro país, el énfasis de su discurso se ha puesto en destacar sus innumerables beneficios, tanto en el ámbito estratégico como político o socioeconómico (mejora del nivel de vida (suministro eléctrico, medicina...)) y posibilidad de obtener buenos dividendos de sus reservas de uranio, enriqueciéndolo y reprocesándolo para venderlo a otros países y convertirse, de ese modo, en un importante suministrador de combustible nuclear). En esas condiciones, resultaría muy difícil, suponiendo que existiese una repentina voluntad entreguista por parte de las autoridades iraníes, que pudieran “vender” a su propia opinión pública la renuncia a lo que se ha defendido con tanto ahínco desde hace tiempo.

Si este planteamiento es válido en relación con el frente interno, por lo que respecta al exterior, basta con reiterar que ninguno de los factores (si se exceptúa momentáneamente a Irak) que explicarían la búsqueda de las armas nucleares por parte de Irán ha perdido peso; más bien todo lo contrario (la experiencia de su guerra con Irak (1980-88), la campañas militares lideradas por EEUU contra Irak (1991 y 2003), la presencia militar estadounidense en ese mismo país y en Afganistán y las señales negativas procedentes de Israel, bastarían como ejemplos más notorios). El recurso a las armas nucleares sería pues, según esta visión, un símbolo inequívoco del desafío al orden internacional dominado por Washington, una señal de aviso a sus adversarios y vecinos y una forma efectiva de ejercer la hegemonía regional e ideológica⁴⁸.

De todo ello se deriva que, en resumen, lo más probable es imaginar que un país en esas condiciones y que, además, cuenta con un bien nutrido grupo de especialistas en la esfera nuclear, con importantes reservas de uranio natural, con algunos apoyos externos y con una capacidad económica que le permite sostener el esfuerzo tecnológico hasta alcanzar ese objetivo, si así lo deseara, no cejará fácilmente en su propósito⁴⁹.

El programa nuclear iraní, tal como conocen sobradamente sus máximos responsables, ha venido suscitando una cascada de críticas en la comunidad internacional, entremezcladas con amenazas más o menos directas, que ha desembocado en un juego de acción-reacción para el

48. Una competencia en la que no se incluye a Pakistán, a pesar de las pruebas nucleares que efectuó en mayo de 1998. Es un país con el que mantiene buenas relaciones, como lo demuestra el hecho de que los dirigentes paquistaníes informaron a Teherán de la inminencia de dichas explosiones y de que existen contactos e intercambios frecuentes entre las dos comunidades científicas en este campo.

49. Una visión de los fundamentos de la política de seguridad iraní de mediados de la pasada década, cuando se reemprende con fuerza el programa nuclear, puede verse en Shahram Chubin (1994): *Iran's national security policy: capabilities, intentions and impact*, The Carnegie Endowment for International Peace, Washington. También, Jalil Roshandel (1996): “Iran”, en *Nuclear weapons after the Comprehensive Test Ban*, (Eric Arnett, ed.), SIPRI, Oxford U. Press, pp. 55/61.

que no es fácil adivinar un final, y que no excluye mayores niveles de tensión de los registrados hasta hora, e incluso opciones de fuerza. Sin remontarnos más atrás, los temores sobre el alcance del programa nuclear iraní experimentaron un notable ascenso cuando, en septiembre de 1994, el entonces director de la CIA, R. James Woolsey, dio a entender que Irán podría fabricar su propia bomba nuclear en un plazo de 8 a 10 años⁵⁰, al tiempo que denunciaba que había intentado acortar ese plazo mediante la compra de armas nucleares a otros países⁵¹. Se pretendía así desenmascarar al gobierno iraní, dejando al descubierto la falsedad de sus argumentos legalistas en torno al artículo IV del TNP⁵². En su intento por contrarrestar las acusaciones, Teherán no sólo insistió en recordar que su país era parte del TNP desde 1970 (con un acuerdo de salvaguardas suscrito en 1973) sino que, asimismo, había depositado su ratificación de la Convención de Armas Biológicas en 1973 y se aprestaba a firmar la Convención de Armas Químicas (aunque no depositó su ratificación hasta 1997) y el CTBT (lo que llevó finalmente a cabo en 1996). Simultáneamente, reiteraba su oferta de facilitar las inspecciones de la AIEA tanto a las instalaciones declaradas como a cualquier otra que quisiera controlar⁵³. Un ofrecimiento, este último, que sólo adquirió ciertos visos de realidad cuando mucho más tarde, el 18 de diciembre de 2003, se decidió a firmar el Protocolo Adicional del TNP (en cualquier caso, todavía pendiente de ratificación).

Desde entonces la tensión no ha hecho más que incrementarse, con una apreciable aceleración a partir del 11-S, una vez que Irán quedó calificado por Washington como uno de los integrantes del “eje del mal” y, por lo tanto, identificado como uno de los tres máximos exponentes de la amenaza a la seguridad mundial. En 2002 se produjo el reconocimiento por parte de Irán de que había estado realizando actividades secretas (enriquecimiento de uranio y producción de plutonio) que, aunque permitidas por el TNP, no habían sido comunicadas a la AIEA como era preceptivo. En cierta forma, asumía así su responsabilidad y ofrecía, como modo de recomponer la situación, que la Agencia pudiera inspeccionar sus centros de investigación; aunque, en un nuevo ejemplo de su gusto por el secretismo, se negó a permitir el acceso a determinadas instalaciones no declaradas. En el verano de ese mismo año, opositores al régimen denunciaron la existencia de instalaciones sospechosas en Natanz (para el enriquecimiento de uranio) y en Arak (para la producción de agua pesada). Todo esto constituía, como oficialmente confirmó la AIEA en 2003, una violación del TNP (por cuanto se constató efectivamente la realización de dichas actividades, a las que el informe de la

50. Ya antes, en el mencionado informe dado a conocer por *Le Nouvel Observateur* (1977), se incluía a Irán en una lista de 22 países que podrían tener la bomba en un plazo de diez años.

51. Las mismas fuentes insistían en que existían evidencias suficientes de que, en 1991, se habría producido la compra a Kazajstán de tres cabezas nucleares tácticas.

52. Dicho artículo reconoce el derecho de los estados firmantes a desarrollar programas de investigación, producción y uso de la energía nuclear para fines pacíficos, incluyendo el enriquecimiento de uranio.

53. Interesa recordar que las dos visitas especiales realizadas hasta entonces por este organismo, en febrero de 1992 y en noviembre de 1993, determinaron que no se había producido violación del TNP.

Agencia añadía una serie de importaciones ilegales de materiales relacionados con el programa nuclear (principalmente centrifugadoras⁵⁴).

La acumulación de estas pruebas ha puesto a Irán, que en todo momento ha negado las acusaciones y ha reiterado su voluntad de proseguir con el programa, en riesgo de ser sancionado, si su caso llega finalmente al Consejo de Seguridad de la ONU). Así lo defienden algunos, con EEUU en primer plano, al considerar que lo conocido ya es suficiente señal para activar ese mecanismo de decisión, mientras que otros, como la UE y la propia Agencia, han preferido hasta ahora seguir explorando la vía del diálogo. Estas diferencias (a las podrían añadirse las que presentan Rusia o China) están siendo bien aprovechadas por Teherán, que parece conocer muy bien cuál es su margen de maniobra para frenar o reiniciar el enriquecimiento de uranio y para aliviar o tensar la situación según su propio calendario. Es, no obstante, un juego peligroso, que no despeja las dudas sobre lo que pueda ocurrir finalmente.

La pretensión de Washington choca con evidentes obstáculos. Tal como está redactado, el TNP, tanto en su letra como en su espíritu, permite a Irán enriquecer uranio y desarrollar su programa nuclear civil. Tomado ese argumento en consideración, se deduce que no resultará sencillo a EEUU obtener el apoyo de la Agencia ni para prohibírselo (sería una medida arbitraria, no contemplada en el tratado), ni mucho menos para que sea aceptada su exigencia de llevar a cabo inspecciones propias en territorio iraní, sin ningún tipo de restricciones (lo que, por otro lado, dejaría en evidencia a la AIEA). Lo mismo puede decirse de las propuestas del propio presidente estadounidense, de prohibir la venta de tecnologías que permitan el enriquecimiento y reprocesamiento a cualquier país (excepto a la docena que disponen de ellas), garantizando de paso que todos ellos podrían adquirir el combustible nuclear que necesitaran a precios razonables⁵⁵.

Tampoco parece que los representantes de Francia, Inglaterra y Alemania –convertidos en la punta de lanza de la UE para este asunto– lo tengan más fácil. En octubre de 2003 lograron un acuerdo con el gobierno iraní, por el que éste suspendería sus actividades de enriquecimiento de uranio; sin embargo, menos de un año más tarde ya era obvio que Teherán había incumplido lo prometido. Aunque en noviembre de 2004 se alcanzó un nuevo acuerdo, prácticamente en los mismos términos⁵⁶, es bien conocida la decisión del *Majlis*

54. La existencia de centrifugadoras Pak-2 es, precisamente una de las evidencias más claras de que Irán había sido, ya desde 1987, uno de los clientes de la amplia red de comercialización de material nuclear impulsada por el paquistaní, y “padre de la bomba”, Abdul Qadeer Khan.

55. Tal como señala el director de la AIEA, la propuesta plantea ya de partida dos problemas evidentes. Por un lado, muchos países pueden ya desarrollar esas tecnologías con sus propias capacidades actuales y, por otro, se estaría consolidando aún más la imagen de una doble vara de medida a nivel internacional.

56. Se pide a Irán que paralice el enriquecimiento, asegurándole que queda garantizado el suministro del combustible nuclear que precise. En caso contrario, se llevaría el caso al Consejo de Seguridad de la ONU.

(Parlamento iraní), de 5 de agosto de 2005, instando al gobierno a proseguir con el programa, todo ello en un contexto en el que se levantan cada vez más voces dentro de Irán que demandan directamente imitar a Corea del Norte y salirse del TNP. La iniciativa parlamentaria fue inmediatamente atendida por el gobierno, de tal forma que el 8 de ese mismo mes Irán reemprendió sus actividades de enriquecimiento. En el horizonte próximo queda por ver un nuevo movimiento de Teherán, presentando una nueva propuesta que no cerrará la puerta a la continuación de su programa, y las reacciones de Washington y Bruselas, crecientemente divergentes. EEUU no está dispuesto a conceder más tiempo y margen de actuación a quien percibe como un claro candidato a ingresar *de facto* en el todavía muy selectivo club nuclear, en tanto que la UE parece en ocasiones más preocupada por no quedar identificada como un mero emisario de Washington o como un actor irrelevante, que de las implicaciones de la aparición de una potencia nuclear en una zona tan inestable como Oriente Medio.

A pesar de todo lo anterior, hay que insistir, recordando las palabras del director de la AIEA en noviembre de 2004, que a día de hoy no existe evidencia alguna de que Irán esté desarrollando un programa nuclear de naturaleza militar. Es, obviamente, un criterio de autoridad, aun asumiendo las limitaciones e imperfecciones de funcionamiento de la Agencia y recordando los casos de Irak, Libia o Corea del Norte (que siendo miembros del TNP, y por tanto sujetos a las inspecciones periódicas de la Agencia, lograron burlar sus programas nucleares de carácter militar a los ojos de sus visitantes). En una línea similar, que no niega en absoluto que Irán no persiga hacerse con armas nucleares, un reciente informe del *International Institute for Strategic Studies (IISS)*⁵⁷ señala que a Irán le quedarían no menos de cinco años para poder lograr dicho objetivo.

En el terreno de los hechos y asumiendo un grado de incertidumbre no despreciable, el inventario nuclear iraní se resume en la existencia de dos reactores de investigación –de 5 y 30Mw de potencia, localizados respectivamente en Teherán y en Isfahan–, un calutrón –de origen chino y localizado en Isfahán–, un ciclotrón –en el centro de investigación médica de Karaj– y, por supuesto, los reactores nucleares de 1.000Mw de potencia, ubicados en Bushehr, cuya construcción está a punto de finalizar. Se conoce asimismo la existencia de diversos proyectos en diferentes fases de desarrollo (los ya citados de Natanz y Arak) y otros que cuentan con colaboración china⁵⁸ y rusa (principales apoyos exterior-

57. Dado a conocer el pasado 6 de septiembre (Samore, Gary (ed.) (2005): *Iran's strategic weapons programmes. A net assessment*, Strategic Dossier, IISS, Londres), señala como dificultades técnicas más sobresalientes la imposibilidad de producir suficiente material fisionable antes de ese momento y las incertidumbres sobre su capacidad para construir una ojiva nuclear, con objeto de ensamblarla en alguno de sus misiles balísticos. Afirma, por otro lado, que Teherán estaría desarrollando nuevas versiones del misil Shehab-3, para dotarlo de mayor alcance (dejando a Israel, Turquía y parte de Rusia dentro de su radio de acción).

58. Existe un acuerdo, firmado en 1990, por el que en un plazo de diez años China se comprometía a entregar dos reactores de investigación y a transferir tecnología nuclear.

res, una vez que India abandonó su colaboración, en 1991, en respuesta a las presiones ejercidas desde Washington).

Al margen de los problemas que plantean actualmente las instalaciones de enriquecimiento, probablemente el asunto que más preocupa hacia el futuro sea el de los reactores de Bushehr. Tras los años de paralización del proyecto –que siguieron al abandono de Alemania de su construcción, con el estallido de la revolución, y a los daños sufridos por los ataques irakíes durante su guerra vecinal–, el proyecto fue reiniciado con el apoyo de Moscú. En enero de 1995 se firmó un nuevo acuerdo, que tenía como objetivo completar los trabajos para poner en funcionamiento las dos plantas nucleares (Bushehr I y II). Ambas instalaciones están sujetas a las inspecciones de la AIEA y, a pesar de las fuertes presiones de EE.UU. para que se retire del proyecto –que incluye el futuro suministro del combustible nuclear y otro contrato para el suministro de dos reactores, que se localizarán en la zona de Gorgan– Rusia ha rechazado tal posibilidad (para Moscú, su participación no se basa únicamente en consideraciones estratégicas, sino también económicas, en la medida en que pretende rentabilizar en los mercados internacionales su reconocida capacidad en el sector, sin ceder ante otros competidores, como los propios Estados Unidos).

Para completar el panorama de las capacidades iraníes en este terreno, también es importante destacar que ya están en funcionamiento las instalaciones para la extracción del uranio descubierto en Saghand. En lo que se refiere a su potencial misilístico, queda ya muy atrás el primer lanzamiento del Shehab-3 (el 22 de julio de 1998), de los que en la actualidad se estima que hay unos 100 operativos (desarrollados a partir del Nodong norcoreano). Con sus 1.300km. de alcance incrementa notablemente la capacidad de los 300 Shehab-1 y 150 Shehab-2 (basados en el Scud-B y C, respectivamente), que figuran desde hace tiempo en el inventario de las fuerzas armadas iraníes. Mucho más reciente (agosto de 2004) es la noticia del lanzamiento de un nuevo prototipo de misil balístico tierra-tierra (Shehab-4), que, con unos 3.000km. de alcance, aumenta aún más el área de acción de una potencia militar de primer orden en el escenario de Oriente Medio.

En resumen, confluyen, por parte de Irán, evidencias inconfundibles de un comportamiento secretista y proliferador, con señales de apaciguamiento, aunque éstas pudieran ser únicamente dictadas por el convencimiento táctico de que el tiempo juega su favor. Por parte de los demás actores implicados en esta crisis, se aprecia una falta de consenso que, como en ocasiones anteriores, siempre concede ventajas al supuesto infractor. De momento, y a la espera de lo que pueda acontecer en el futuro inmediato, sólo cabe añadir a lo reflejado en las páginas precedentes que el acceso de Irán al arma nuclear pondría en marcha una espiral desestabilizadora de incalculables consecuencias. La previsión de que países como Arabia Saudí, Turquía, Israel, e incluso Egipto reaccionarían en la misma línea, prefigura una evolución altamente preocupante de la agenda de seguridad regional.

Sin la voluntad iraní por rebajar la tensión, es prácticamente imposible encontrar una salida a la situación actual. Los limitados organismos e instrumentos legales disponibles (la AIEA y el TNP) no pueden ir mucho

más allá⁵⁹. Las contrapartidas que la comunidad internacional esté dispuesta a ofrecer a Irán, quizás no le compensen los costes de abandonar un objetivo que constituye una de sus principales ambiciones. La fuerza militar no parece tampoco un medio para resolver el problema (ni ha resultado en otros casos, ni Irán está inerme y desarmado ante las amenazas exteriores). Suponer, por otro lado, que se logrará en algún momento la aprobación de una resolución en el Consejo de Seguridad de la ONU, similar a la 687 que sirvió en el caso de Irak, no es tampoco realista. En conclusión –y mientras prosigue, por una parte, el ejercicio combinado de ofertas de diálogo y mensajes de fuerza y, por otra, el desarrollo prácticamente continuo del programa nuclear–, sólo cabe esperar que ambas partes entiendan la necesidad de abandonar sus posiciones maximalistas, tan contraproducentes para unos como para otros.

IV. El fracaso de la diplomacia de no-proliferación

La larga historia de las ADM en el Mediterráneo no ha ido acompañada de una cronología considerable con respecto a la diplomacia de no proliferación. De hecho, los esfuerzos para reducir o suprimir programas y arsenales de este tipo en la región han sido escasos y abrumadoramente ineficaces (tal como puede comprobarse en el comentario adjunto de este mismo apartado, que recoge una muestra de las más significativas). Mientras que el apartado II presentaba una descripción de la realidad política en la cual la diplomacia tiene necesariamente que desarrollarse, en éste se pretende analizar los motivos más notorios de su fracaso, para apuntar posteriormente algunas vías de salida. Es un hecho que, mientras que la realidad política está cambiando continuamente, los esfuerzos de no proliferación parecen estancados, al tiempo que la seguridad de la región sigue sin mejorar sustancialmente.

El primer paso importante para desbloquear esta parálisis debe ser la separación clara entre las armas nucleares y el resto de las llamadas ADM. Como ya se ha mencionado anteriormente, esto no es sólo útil desde una perspectiva analítica, sino que también corresponde a una realidad en la cual las armas nucleares tienen un impacto diplomático y militar muy diferente al de las armas químicas o biológicas y, por supuesto, al de los misiles. Si se estableciera esta distinción, una primera consecuencia positiva sería que las posibilidades de crear una zona libre de armas químicas y biológicas en la región pasarían a ser considerablemente más altas. Por otro lado, el objetivo de la creación de una zona libre de armas nucleares (ZLAN) podría quedar mejor delimitado, librándola de factores que, como ocurre en la actualidad, no hacen más que

59. Precisamente el caso iraní pone de manifiesto, con mayor crudeza que nunca, la imperiosa necesidad de perfeccionar los instrumentos multilaterales con los que cuenta la comunidad internacional para hacer frente a los peligros de nuestro tiempo. El TNP y la AIEA no son, como algunos quieren ver, parte del problema, sino componente esencial de la solución. De lo que se trata es de reforzar sus cláusulas y sus competencias para que puedan cumplir sus misiones originarias. El resultado de la ya citada Conferencia de Revisión del TNP no permite, sin embargo, ser muy optimistas a corto plazo.

entorpecer su desarrollo. Al tratarse de armas de muy distinta naturaleza, las consecuencias prácticas de este paso serían, de igual modo, fundamentalmente distintas.

Por desgracia, esta diferencia no está reconocida suficientemente. Mientras que la atención real está cada vez más centrada en las armas nucleares –y en Irán más concretamente– los enfoques clásicos y las estrategias oficiales siguen empeñados en considerar como un todo a las ADM, sin ninguna otra especificación⁶⁰. El resultado es que el progreso en áreas donde habría sido posible (armas químicas, por ejemplo) ha sido obstaculizado⁶¹, mientras que los avances en el terreno nuclear han quedado nublados a menudo por la multiplicidad de objetivos planteados y por unas estrategias de trabajo poco realistas.

Para contrastar las diferencias entre armas nucleares y otros tipos de ADM, es importante acentuar la naturaleza excepcional de esta categoría. El bombardeo de Hiroshima y Nagasaki no fue solamente un acontecimiento excepcional por haber sido la primera (y hasta ahora única vez) en que las armas nucleares fueron empleadas en tiempo de guerra. También lo fue debido a las circunstancias extraordinarias que llevaron a esa decisión. Incluso antes de haber dado la orden para su uso, no existían dudas sobre la victoria aliada en el Pacífico; una victoria que ya podía ser calificada de total, en el sentido de que era claro que las negociaciones con Japón sobre su rendición iban a ser simbólicas (similares a las que condujeron a la capitulación alemana). Lo que se entendía sin ningún género de dudas en aquellos momentos previos a las explosiones nucleares era que el mundo, después de 1945, dejaba a Japón y a sus aliados sin posición negociadora alguna. La destrucción de Hiroshima y Nagasaki era, por tanto, una opción y no una necesidad impuesta por el conflicto bélico.

No existe hoy ningún guión realista que lleve a la misma situación que se dio en aquel momento histórico. El uso de las armas nucleares en cualquier conflicto actual supondría unos costes insostenibles para cualquier país que optara por esta posibilidad. Mientras que en 1945 las repercusiones diplomáticas para Washington eran muy bajas y los costes militares prácticamente nulos, ahora las implicaciones de un ataque nuclear serían diametralmente opuestas. Dicho de otra forma, es altamente improbable que la historia se repita y aunque las armas nucleares podrán ser empleadas nuevamente, Hiroshima y Nagasaki no sirven como referencias para encarar ahora los problemas que plantean los arsenales disponibles. Su ejemplo sirve, por supuesto, para abogar por la no proliferación y la desaparición de estas armas, pero su consideración como un modelo válido para nuestros días lleva invariablemente a cegar el análisis y las respuestas a la amenaza que representan las armas nucleares.

60. Así ocurre, por ejemplo, con los planteamientos de la Unión Europea (tanto en su *Estrategia de la UE contra la Proliferación de Armas de Destrucción Masiva*, de abril de 2003, como en el más ambicioso *Una Europa Segura en un Mundo Mejor*, de diciembre de 2003), o de EEUU (con su *Estrategia Nacional para Combatir las Armas de Destrucción Masiva*, de 2002).

61. Un ejemplo claro de ello es el rechazo de Egipto a firmar la Convención de Armas Químicas en protesta contra el rechazo israelí a participar en el TNP.

La excepcionalidad de aquellas circunstancias fuerza a preguntarse, si se asume que Hiroshima y Nagasaki no volverán a repetirse, sobre cuáles son hoy los escenarios realistas en los que las armas nucleares podrían volver a sobrecogernos con su capacidad de destrucción masiva. La respuesta a esa cuestión conduce el análisis hacia la necesidad de formular estrategias más sofisticadas que la de optar invariablemente por la lucha contra la proliferación a toda costa. Lamentablemente, este tema no ha sido contestado ni en términos generales ni en el Mediterráneo, con el resultado obvio de seguir anclados en esquemas anacrónicos y escasamente operativos para atender al objetivo de mejorar la seguridad internacional y regional.

Antes de contestar a la cuestión planteada más arriba, puede ser provechoso clarificar cuál es exactamente el problema que provoca el seguir aferrados al esquema habitual. El más obvio es que lleva a plantear la creación de una ZLAN como el único punto de la agenda política, militar y diplomática y, en la misma lógica, como la única solución a los problemas que plantean las armas nucleares en la zona. Por mucho que éste sea un objetivo noble y totalmente deseable, debemos entenderlo como un ideal a largo plazo y no como una puerta que conduzca hoy a soluciones efectivas de los problemas existentes. Si así fuera realmente asumido, dejaría suficiente espacio para tratar las cuestiones más inmediatas que amenazan a la región en relación con estas armas. Se evitaría también el bloqueo de otros asuntos de cooperación regional en el terreno de la defensa y, asimismo, la innecesaria escenificación melodramática de permanente fracaso, de intercambio de acusaciones reiteradas y de pernicioso animosidad que acompañan a la agenda regional ante cada ocasión perdida para llegar a un acuerdo.

Esto no quiere decir que la ZLAN no tenga, evidentemente, sus ventajas. Hay dos motivos principales para no abandonar este objetivo y para mantener la no proliferación como un punto importante en la agenda. El primero de ellos se deriva del hecho de que el potencial de destrucción de las armas nucleares ya desplegadas en la región, sólo será erradicado completamente en un ámbito en el cual éstas dejen de existir. Por lo tanto, es importante mantener activo ese objetivo a largo plazo, aunque sólo sea por evitar caer en un enfoque de diplomacia caso-por-caso, que no tome en consideración la totalidad del cuadro. El segundo motivo, palpable ya a corto plazo, es que la ZLAN sirve como elemento de presión sobre los gobiernos para impedir que se aparten del rumbo correcto, forzándoles a considerar los resultados de sus acciones y sus estrategias a largo plazo. Por todo ello, sería un error no mantener a la ZLAN como un elemento activo de la agenda.

Sin embargo, es preciso entender también que hay desventajas significativas en un enfoque que dependa en exceso de un ideal a largo plazo, no siempre en línea con la realidad actual. Para empezar, no puede haber duda de que la ZLAN no es realidad alcanzable en un futuro previsible. Incluso aunque hubiera progresos sólidos en el conflicto israelí-árabe, Israel seguiría a medio plazo sintiéndose inseguro con respecto a su entorno más inmediato. Las armas nucleares, antes que cualquier otra cosa, son vistas como la garantía más firme de la supervivencia del Estado, prioridad suprema donde las haya.

Por otra parte, se quiere ignorar con frecuencia que, aun en el muy improbable caso de que Israel, Irán y algunas naciones árabes abandonaran sus aspiraciones nucleares, la región no se convertiría por ello en una ZLAN. Los Estados Unidos, Francia y Rusia son potencias nucleares con presencia permanente en la zona y, como efecto directo de ello, sus arsenales seguirían afectando a la ecuación de seguridad mediterránea. Éste es un impulso más para que algunos –sobre todo aquellas naciones que se sienten amenazadas por intereses foráneos (entre otras, Irán, Siria y, quizás incluso a medio plazo, hasta Arabia Saudí)– decidieran seguir el camino de Corea del Norte. Finalmente, tampoco pueden dejarse de lado otras consideraciones ligadas a la evolución de dinámicas ajenas al Mediterráneo, pero con clara influencia sobre el comportamiento de algunos países de la zona. A modo de ejemplo, baste decir que Irán no establece su política de seguridad y defensa en clave estrictamente mediterránea, sino que también atiende a lo que hagan otros actores en otros escenarios que afectan a sus intereses (Rusia, con el Mar Caspio por medio, y Pakistán). En su concepción defensiva, el equilibrio militar con esas naciones depende claramente de la posesión de armas nucleares o la falta de las mismas.

A estas consideraciones sobre las implicaciones de la fijación de la ZLAN como exclusivo punto de la agenda regional para hacer frente a la amenaza que representan las armas nucleares, cabe añadir otra no menos importante. Si la no proliferación y la contraproliferación son los mecanismos únicos de la diplomacia para tratar el problema de las ADM, no solo se crea una división demasiado simplista entre “buenos” y “malos”, sino que también se repite el mismo efecto que con otros tipos de medidas internacionales de prohibición: los países que, a pesar de todo, realmente decidan desarrollar programas nucleares serían automáticamente alienados de la comunidad internacional, haciendo cualquier tipo de regulación sumamente difícil y conduciendo a niveles de desconfianza y de inestabilidad aun mayores⁶².

El hecho obvio es que los argumentos mencionados hasta aquí no han sido, en la práctica, suficientemente persuasivos para que se haya decidido abandonar el enfoque clásico de la no proliferación o de una ZLAN como objetivos centrales de la agenda regional. En lugar de identificarlo como un ideal, que sirva de orientación última a los esfuerzos realizados para mejorar la seguridad mediterránea, se ha querido tomarlo como el único a considerar y como la exclusiva vía para juzgar la bondad o maldad del comportamiento de algunos países (de tal manera que una expresión de rechazo o de tibieza ante una iniciativa, tan genérica como falta de matices, de una ZLAN se interpreta directamente como una señal de hostilidad y amenaza). El fracaso obvio de esta concepción diplomática sólo puede ser explicado por la permanencia del que podríamos denominar “síndrome de Hiroshima”, que no sólo no soluciona los problemas creados por la existencia real de las ADM en la zona, sino

62. Éste está siendo el caso en Irán, y puede argumentarse que ha sido también uno de los catalizadores que han acelerado la campaña militar de 2003 contra Irak. La desconfianza previa y una actitud alarmista en relación con las ADM permitieron la manipulación de la supuesta amenaza como pretexto para la intervención de los Estados Unidos.

que además crea otros nuevos, en la medida en que no permite el desarrollo de enfoques alternativos. Dicho de otros términos, sólo si se rompe el esquema clásico, según el cual solo habrá más estabilidad y seguridad en el Mediterráneo si desaparecen todas las ADM, se podrá avanzar en la búsqueda de mayores niveles de seguridad regional.

Volvamos, por lo tanto, a la pregunta inicial. ¿Cuáles serían las situaciones que podrían desembocar en un uso real de las ADM en el área mediterránea? En otras palabras, asumiendo sin rodeos la existencia de armas nucleares, ¿qué supuestos cabe identificar que lleven a su empleo? De esta forma, partiendo de la realidad y no de consideraciones anacrónicas, parece más probable encontrar respuestas a los desafíos que hoy en día presenta la región.

Si, como ya se reseñó anteriormente, el modelo de Hiroshima y Nagasaki está fuera de lugar en la escena internacional actual –dado que los costes para el agresor serían simplemente demasiado altos, incluso si el atacado no tuviera ninguna capacidad nuclear de respuesta– sólo cabe contemplar la opción de su uso como un último recurso. Aunque las fuerzas armadas convencionales hayan sido derrotadas, ningún gobierno se plantearía racionalmente el uso de las armas nucleares, salvo que se sintiera al borde la exterminación. Esta alternativa queda, por tanto, reservada a un supuesto en el cual no hay ninguna otra opción militar o diplomática para salvar a la nación de la derrota completa⁶³.

Un segundo caso a contemplar sería el provocado por un accidente, sea como consecuencia de un fallo tecnológico o humano (incluyendo el de algún solitario jefe militar que, por cualquier causa, no siga las órdenes superiores). Para hacer frente preventivamente a esta eventualidad –más probable que la anterior– resulta clave conseguir un clima de confianza y de cooperación que permita disponer de los mecanismos adecuados para reducir al máximo su ocurrencia y para hacer frente a sus consecuencias (evitando al menos una escalada incontrolable). La transparencia es, asimismo, un elemento principal, que sólo puede lograrse como resultado de un combinado esfuerzo por crear canales de diálogo permanente y por reforzar los instrumentos de inspección y vigilancia, sin ningún tipo de discriminación. Los ejemplos proporcionados por los proliferadores mediterráneos muestran claramente el alto riesgo que supone el mantenimiento de la desconfianza y el secretismo, lo que los hace más vulnerables a errores de este tipo en sus mecanismos de seguridad.

El último supuesto a contemplar es el de una posible utilización de ingenios nucleares por parte de actores no estatales, tales como los grupos terroristas. Ya a principios de los años ochenta se planteaba tal posibilidad, pero la realidad ha venido demostrando hasta ahora que se trata, afortunadamente, de algo mucho más difícil de lograr de lo que podría

63. Aun en ese caso, como ese supuesto sería conocido por todas las partes en conflicto, parece lógico considerar que el bando que está punto de alcanzar la victoria intentaría no traspasar esa *línea roja*, para evitar precisamente el uso desesperado de tales armas.

tal vez pensarse, a tenor de los sombríos escenarios que algunos manejan a diario. Aun en el indeseable caso de que algo así sucediera, no puede interpretarse que la confrontación entre naciones sería inevitable. Lo que sí parece, por el contrario, más evidente es que un ambiente de secretismo y carencia de cooperación y regulación aumenta la probabilidad de tal acontecimiento. La creación de mercados ilegales en armas nucleares, fomentados tanto por individuos como por gobiernos, genera unos riesgos ciertamente incalculables. Pero, hasta donde podemos saber, todo indica que hasta ahora los principales beneficiarios de tales transacciones han sido más los aparatos estatales que las organizaciones terroristas. Sin naciones interesadas en entrar en tales mercados, el riesgo se reduciría considerablemente.

Con sus diferentes grados de probabilidad, cada uno de los tres supuestos contemplados como realistas requiere, por supuesto, respuestas diferentes. Sin embargo, analizados desde la perspectiva de cuáles son las más adecuadas para hacer frente a sus riesgos, no cabe imaginar que aferrarse a la idea de una ZLAN como objetivo inmediato y forzar el antagonismo entre el potencial proliferador y la comunidad internacional sean las mejores recetas a seguir. Dado que esto es lo que, a grandes rasgos, ha ocurrido en el Mediterráneo, podría decirse que la defensa del dogma, aunque éste no sea operativo, ha sustituido al sentido común y a la flexibilidad, contribuyendo así al fracaso de la diplomacia dedicada a las ADM en la región.

El balance es aún más negativo si se analiza el efecto que este fracaso ha tenido sobre otros tipos de ADM. Más que cualquier otra región en estas últimas décadas, el Mediterráneo ha sufrido directamente los efectos de las armas químicas y biológicas. Y también es aquí donde el tratamiento diplomático de estas armas ha sido más extremo, situándolas artificialmente al mismo nivel que las nucleares⁶⁴. De ese modo, se ha imposibilitado un enfoque diferenciado, que hubiera independizado cada problema para someterlo a una terapia ajustada a su caso. El resultado ha sido que, debido a la poderosa inercia de la diplomacia nuclear, los avances en relación con las armas químicas y biológicas son mucho menores de lo que habría sido posible aplicando otros enfoques. A pesar de que su importancia estratégica es cada vez menor y de que su uso como ADM resulta cada vez más cuestionable⁶⁵, no se ha conseguido

64. Su habitual denominación como “la bomba nuclear de los pobres” es engañosa y dañina. Ni las armas químicas y biológicas poseen capacidades estratégicas similares a las de las nucleares, ni históricamente han sido empleadas como una fuerza disuasoria, sino como uno más de los recursos convencionales a disposición del atacante. Al “inflar” su importancia se ha generado un nivel innecesario de tensión, que ha dificultado sistemáticamente cualquier tentativa de eliminación de estas armas.

65. A diferencia de las armas nucleares, los casos de uso de las químicas y biológicas nunca han tenido consecuencias estratégicamente decisivas (ni causan un temor equivalente al del armamento nuclear, ni otorgan verdaderas ventajas diplomáticas y estratégicas a las naciones que las poseen). Esto no es sorprendente, considerando la complejidad de su manipulación y utilización en el campo de batalla, así como sus capacidades destructivas, superadas ya por muchas armas consideradas formalmente como convencionales y al alcance de muchos ejércitos. Por consiguiente, es improbable que haya cualquier gobierno en el Mediterráneo que considere el armamento químico y biológico como una necesidad absoluta.

avanzar suficientemente en su eliminación, en tanto que el simple hecho de su existencia hace más compleja la ecuación de la seguridad regional y ofrece un estímulo añadido a grupos terroristas internacionales que aspiren a incrementar su potencial destructivo. En definitiva, otra negativa consecuencia de una estrategia mal definida y desarrollada.

En definitiva, la significación para la diplomacia que rodea a las ADM de estos planteamientos y desarrollos es de una profunda insatisfacción. Por una parte, porque se constata que no se ha logrado reducir significativamente el nivel de amenaza que representan en su conjunto. Por otra, porque sus defensores no han logrado respaldo a su creencia de que sólo podría avanzarse en la resolución del problema planteado por las ADM en la medida en que los regímenes de la zona estuvieran dispuestos a seguir las iniciativas occidentales, sin cuestionarlas. Esta visión ha intentado completarse más recientemente, con el mismo resultado, por otra creencia que hace suponer que una mayor calidad democrática en estos países derivaría inevitablemente en una eliminación de los obstáculos para alcanzar el objetivo último de la ZLAN. Lo que se ha producido, indeseablemente, es una aceleración del proceso por el que la falta de entendimiento político entre los actores en juego termina alimentando la proliferación y, como en un círculo vicioso, los preocupantes avances en este campo no hacen más que incrementar la inestabilidad.

Apunte cronológico de la ZLAN en el Mediterráneo (1)

La creación de una zona libre de armas nucleares (ZLAN) en la región ha sido parte de la agenda de seguridad mediterránea durante la mayor parte de las tres pasadas décadas (cuando Israel empezó ser identificado como una potencia nuclear).

Irán –apoyado por Egipto– fue, ya en 1974, el primero en proponer públicamente la idea, en el marco de la Asamblea General de las Naciones Unidas, pero la oposición israelí logró bloquear su desarrollo. En 1980 fue Israel quien desarrolló su propio plan basado, en negociaciones directas entre Estados, en lugar de concebirlo como un acuerdo multilateral para toda la zona. Tras diversos contactos mantenidos fundamentalmente con Egipto, las autoridades israelíes decidieron retirar su propuesta, poniéndose entonces en marcha una iniciativa muy genérica que recogía los puntos de consenso alcanzados y que fue apoyada positivamente por todos los Estados de la región. En 1989, Egipto sometió una resolución a la Asamblea General de la ONU, en la que presentaba de manera más detallada su idea de declarar a Oriente Medio como una ZLAN.

En 1991, un informe de la ONU (2) exploró la cuestión más profundamente y propuso avanzar paso a paso aplicando una serie de medidas que permitieran crear las condiciones adecuadas para una ZLAN. Al mismo tiempo, Egipto –preocupado por el arsenal químico y biológico israelí– pidió la extensión del término para incluir todas las ADM (3). En ese mismo año, el Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la Resolución 687 que, además del caso irakí, tomó en consideración finalmente no sólo los tres componentes clásicos de las ADM, sino también los misiles utilizados como vectores de lanzamiento de dichas armas. En cualquier caso, durante los años siguientes el Consejo de Seguridad no logró llevar a cabo las acciones necesarias para cumplimentar debidamente esta parte de la citada resolución. El Grupo de Trabajo sobre Control de Armas y Seguridad Regional –constituido en el marco del Proceso de Paz (Madrid, 1991)– volvió a mostrar las dificultades de avance en estas materias. Cuando finalmente las condiciones políticas y la pervivencia del conflicto árabe-israelí bloquearon su continuación en 1995, el Grupo no pudo presentar ningún resultado tangible en este campo, especialmente debido a las diferencias entre Israel y Egipto: el primero no estaba dispuesto a aceptar las demandas egipcias de incluir la proliferación nuclear como un punto concreto de la agenda, prefiriendo dejar ese asunto para una etapa posterior y concentrarse únicamente en otras cuestiones regionales (Baumgart & Müller, 2004).

Desde otra perspectiva, la Conferencia de Revisión del TNP de 1995, intentó asimismo avanzar en esa línea, proponiendo a todos los Estados de la región que diesen pasos prácticos para, eventualmente, alcanzar en algún momento el objetivo de una ZLAN. Al año siguiente se firmó el Tratado de Pelindaba, que creaba una zona libre de armas nucleares en África (4), pero esta dinámica no facilitó en la práctica el progreso en otras partes del Mediterráneo (5).

Aunque la Conferencia de Revisión del TNP de 2000 volvió sobre el tema y logró que en su comunicado final hubiera una referencia explícita a la ZLAN en Oriente Medio, la última Conferencia, de 2005, ha mostrado claramente que no se han logrado superar las diferencias que siguen bloqueando cualquier avance. La única señal de movimiento que ha ahbirido en este último quinquenio ha sido, en 2003, la presentación por parte de Siria de una propuesta de resolución, pidiendo nuevamente un Oriente Medio sin ADM (6). La tentativa ha quedado de momento olvidada, tanto por la falta de apoyos sólidos para impulsarla como por la situación que se vivía en aquellos momentos en Irak (7).

Aunque la cuestión nunca ha dejado de estar presente en la arena diplomática (emergió de nuevo este año cuando Mohamed El Baradei (8) se ha vuelto a referir a ella), sus posibilidades reales son, hoy por hoy, muy reducidas.

(1) Para un análisis detallado, véase Baumgart & Müller (2004).

(2) Department of Disarmament Affairs, United Nations, "Effective and Verifiable Measures Which Would Facilitate the Establishment of a Nuclear-Weapon-Free Zone in the Middle East: Report of the Secretary-General," Study Series, N. 22, 1991.

(3) Véase por ejemplo Shaker (2004).

(4) Para el texto completo, véase <http://cns.miis.edu/pubs/inven/pdfs/aptanwzf.pdf>

(5) Aunque otra resolución de la ONU (51/41) fue aceptada en diciembre de 1996.

(6) <http://domino.un.org/UNISPAL.NSF/0/a56069d35d1a58fe85256e14006f0ab8?OpenDocument>

(7) Véase Zisser (2004).

(8) <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/articles/A10418-2005Mar5.html>

V. A modo de conclusiones

Sin pretensiones de haber agotado el tema en estas páginas y con la intención de seguir explorándolo en futuros informes, el somero repaso efectuado sobre la situación de las ADM en el Mediterráneo permite entresacar, al menos, algunas conclusiones. De manera telegráfica y provisional podrían resumirse como sigue:

- Como acaba de subrayar certeramente, aunque tal vez con cierto retraso, Robert McNamara, debemos aspirar a la eliminación completa de las ADM en tanto que se trata de armas inmorales, ilegales, militarmente innecesarias y terriblemente peligrosas. Son, al margen de consideraciones éticas, instrumentos de la Guerra Fría que no encajan en el mundo actual.

- La tradición de considerar a las armas nucleares como equivalentes de algún modo a las químicas y a las biológicas, bajo el concepto de ADM, resulta insostenible y es, además, contraproducente al equiparar casos de proliferación muy distintos en su alcance y en sus posibles consecuencias. La verdadera preocupación real en este terreno sólo puede ser la de los ingenios nucleares, dejando a los demás en un segundo nivel, en el que los biológicos estarían aún por delante de los químicos. En cuanto a los misiles, en los últimos 20 años apenas se ha modificado el número de países que tratan de hacerse con los de largo alcance y hoy, como reconoce el ya citado informe del *Carnegie Endowment for International Peace* (2005), puede afirmarse que son una amenaza menor para EEUU que hace veinticinco años.

- Las armas nucleares representan, por sí mismas, la hipótesis más peligrosa a considerar, en función de su brutal capacidad destructiva. Pero no por ello son ni la única ni la más importante amenaza que hoy afecta a la seguridad mundial.

- Es básico entender que las ADM en el Mediterráneo son ya una realidad incuestionable. No van a desaparecer a medio plazo de los arsenales militares y, por el contrario, hay nuevos candidatos a ingresar próximamente en el restringido club de países que las poseen. En consecuencia, no parece ni realista ni efectivo concentrar todo el esfuerzo en su inmediata eliminación, convirtiendo este objetivo en la única vara de medir la reducción o incremento de la seguridad internacional. Por el contrario, parece más sensato concentrarse a corto plazo en perfeccionar los mecanismos de regulación para evitar que su posesión se traduzca directamente en una amenaza.

- Los objetivos máximos de la no proliferación y de la creación de una ZLAN deben conservarse como guías o referencias en un horizonte a largo plazo y no, como ha ocurrido hasta ahora, como mecanismos directos para intentar mejorar la seguridad regional a corto o medio plazo.

- En esa misma línea, la propuesta de una ZLAN debe ser apoyada desde ahora, aunque se asuma que su creación no podrá ser lograda hasta que se haya instaurado un clima de confianza todavía inexistente. Las dificultades son evidentes dado que, al contrario de lo que

ocurre en otras zonas del planeta, aquí no se trata de evitar su introducción sino de lograr su eliminación. Los problemas se incrementan cuando se pretende definir a qué países afectaría esta iniciativa, teniendo en cuenta que incluso Francia, EE.UU. o Rusia podrían verse afectados por las limitaciones que en su caso se pudieran establecer.

- Los esfuerzos más inmediatos tendrán que concentrarse en la creación de mecanismos reguladores, de canales de diálogo que fomenten la confianza y la transparencia, así como en desarrollar la cooperación en aquellas áreas en las que esto sea posible. Cabe imaginar que existe hoy un interés bastante generalizado en evitar el empleo de armas nucleares como resultado de alguno de los tres supuestos contemplados como más realistas. Ésa debe ser la base a partir de la que adquiere sentido la tarea a realizar desde ahora, aprovechando para ello las lecciones de los esquemas de condicionalidad positiva empleados en otros campos⁶⁶.

- En aras de esa necesaria transparencia, resulta fundamental vencer las fuertes resistencias que muestran algunos países para compartir información en estos campos. Aunque las responsabilidades estén muy repartidas, son aquí los países árabes, al igual que Israel e Irán, los que más deben modificar en profundidad sus comportamientos secretistas. Al igual que esto fue posible en el marco de la confrontación bipolar entre las dos grandes superpotencias, también aquí se debe aspirar a romper el silencio en el que se envuelven estos asuntos. Sólo la difusión de los planteamientos y concepciones de política de seguridad y defensa y el intercambio regular entre las comunidades políticas, militares y académicas de datos y análisis fehacientes podrán eliminar las suspicacias que alimentan la confrontación.

- Simultáneamente, y como resultado de la debilidad de los instrumentos de que dispone la comunidad internacional para hacer frente a su proliferación, una parte fundamental del esfuerzo habrá que emplearlo en perfeccionarlos y reforzarlos, evitando su manipulación al servicio de los intereses de uno o varios estados y la consolidación de cualquier vara de medida discriminatoria (que pretenda distinguir entre aliados y adversarios a la hora de su aplicación). Lo que no cabe, en ningún caso, es desmantelarlos por ineficientes o inoperantes, traspasando sus funciones a un país o a un directorio que pretenda actuar en nombre de la comunidad internacional.

- El TNP y la AIEA, al igual que el resto de los tratados y convenciones ya mencionados con anterioridad, siguen siendo pilares fundamentales para encarar con alguna posibilidad de éxito el futuro. Sus necesarias mejoras tendrán que orientarse hacia una mayor capacidad de inspección intrusiva, hacia una auténtica universalidad en sus respectivos

66. Los esquemas seguidos por la UE en el marco del Partenariado Euromediterráneo, con recompensas y ventajas reservadas únicamente a quienes decidan avanzar por la senda de las reformas, parece una buena vía a explorar, siempre que se haga con criterios que eviten la discriminación. En todo caso, debe entenderse que el objetivo no puede ser directamente la prohibición y la eliminación, sino el control y la regulación transparente.

campos de actuación y a la adopción de regímenes de sanciones con mayor capacidad coercitiva. En nuestros días, esto sólo puede lograrse con el acuerdo de los estados-nación, sujetos primordiales de las relaciones internacionales. El convencimiento de que ninguno de ellos por separado puede hacer frente satisfactoriamente a las amenazas existentes debería, en buena lógica, llevar a un renovado esfuerzo por perfeccionar los mecanismos multilaterales de respuesta.

- El uso de la fuerza no puede resultar el método principal para evitar la proliferación de estas armas y para controlar a quienes ya las atesoran. La eliminación puntual de arsenales o programas, si no cambian los condicionantes que alimentan la carrera armamentística, sólo puede aspirar a retardar el acceso a ellas. Al igual que ocurre con el terrorismo internacional, no basta con atacar a los síntomas más visibles del problema, sino que es necesario tomar en cuenta las causas que lo explican. Entendida así la tarea a realizar, parece obligado que la comunidad internacional revise su comportamiento (la proliferación no se explica únicamente por el lado de la demanda, sino también por el de la oferta), su concepción de la seguridad (otorgando el protagonismo a los esquemas de actuación preventiva, asumiendo que todos tienen derecho a ella y que ésta va mucho más allá de lo que se deduce de las capacidades militares operativas) y sus prioridades (atajando las desigualdades sociales, políticas y económicas que alimentan los conflictos, tanto intra- como interestatales).

- En el Mediterráneo hay, obviamente, un espacio para la no proliferación, e incluso para la contraproliferación, pero hay otro mucho más amplio para aunar voluntades y capacidades al servicio del desarrollo global de una zona tan deteriorada. La vía más directa hacia la paz y la seguridad pasa por la resolución de los problemas básicos que sirven de germen para la inestabilidad interna y externa en la región. La necesidad de profundas reformas sociales, políticas y económicas en la mayoría de estos países es innegable y, aunque el peso del esfuerzo debe ser soportado principalmente por ellos mismos, la cooperación internacional resulta fundamental para el buen éxito de la empresa. No se trata únicamente de una cuestión de justicia, sino también de entender que ésta es la mejor forma de defender los intereses propios, haciendo que el desarrollo de estos países se traduzca en un mayor nivel de estabilidad y seguridad para todos y, por tanto, en una menor necesidad de opciones de fuerza.

- Las fórmulas multilaterales ensayadas hasta ahora en el Mediterráneo para rebajar su nivel de inestabilidad (iniciativas de diálogo de la OTAN y de la UEO, así como la englobada en el Proceso de Barcelona), apenas han permitido ir más allá de meros contactos, apenas suficientes para iniciar tímidamente el proceso de creación de un clima de confianza que haga posible, en un futuro indeterminado, encarar asuntos tan delicados como el de la carrera de armas en el área. Además de las evidentes diferencias de peso y orientación de los países, que dificultan cualquier ejercicio multilateral en el terreno de la seguridad, cabe pensar que en tanto se mantenga abierta la confrontación árabe-israelí será muy difícil poner en marcha iniciativas realistas en este terreno.

- Israel aparece como el elemento común a las tres zonas estudiadas cuando se trata de identificar las razones que encuentran los países de la región para proliferar. Aunque en muchos casos no sea más que una excusa que esconde motivaciones muy diversas, su resolución debería ser una prioridad máxima para la comunidad internacional, como vía para evitar que la proliferación de ADM siga encontrando una justificación de este tipo.

- Por lo que respecta a los actores directos de este contencioso parece llegado el momento de replantear el sentido de las estrategias seguidas hasta ahora. Para los países árabes carece de sentido seguir aferrados a la idea de que Israel sólo hablará de paz cuando se haya logrado la paridad estratégica, lo que estimula una imparable proliferación que siempre podría ser contestada con ventaja por éste último. Para Israel, sostener que sólo será posible negociar la paz cuando los árabes se convenzan de que no existe opción militar realista contra sus intereses, fomenta su propia carrera de armamentos y lleva a comportamientos amenazadores para evitar que pueda cuestionarse su superioridad por ningún medio. Se trata, obviamente, de un camino difícil para ambas partes y que sólo puede ser recorrido a partir de la renuncia mutua a posiciones maximalistas.

VI. Bibliografía consultada, documentos y referencias relevantes

Referencias

ATKESON, Edward (1993) "The Middle East: a dynamic military net assessment for the 1990s", *The Washington Quarterly*, Vol. 16., N. 2, pp. 115/133.

BAUMGART, Claudia y MÜLLER, Harald (2004): "A nuclear weapons-free zone in the Middle East: a pie in the sky?", *The Washington Quarterly*, 28:1, Winter 2004-05, pp. 45/58.

BROWN, Cameron (2004): "Israel and the WMD threat: lesson for Europe", *MERIA*, Vol. 8, N. 3.

CAMPBELL, Kurt, EINHORN, Robert y REISS, Mitchell (eds) (2004): *The nuclear tipping point: why States reconsider their nuclear choices*. Washington DC: Brookings Institution Press

CIRINCIONE, Joseph, WOLFSTHAL, John B. y RAJKUMAR, Miriam (2005): *Deadly arsenals: nuclear, biological and chemical threats*, Carnegie Endowment for International Peace, July-2005.

COHEN, Avner (1995): "The nuclear equation in a new Middle East", *The Nonproliferation Review*, Vol. 2, N. 2, pp. 12/30.

COHEN, Avner y GRAHAM, Thomas (2004): "WMD in the Middle East: A Diminishing Currency", *Disarmament Policy*, Issue No. 76 (<http://www.acronym.org.uk/dd/dd76/76actg.htm>)

CORDESMAN, Anthony H. (2002): *The Arab-Israeli military balance in 2002*. Washington DC: Center for Strategic and International Studies

CHUBIN, Shahram (1994): *Iran's national security policy: capabilities, intentions and impact*. Washington: The Carnegie Endowment for International Peace

DUMOLIN, André (2004): "Le rôle des armes nucléaires, l'Union Européenne et l'avenir de la dissuasion nucléaire", *Cahiers du RMES*, N.2, Dec-04.

DVALI, Akali (2004), "Will Saudi Arabia Acquire Nuclear Weapons", *Issue Briefs*, NTI (http://www.nti.org/e_research/e3_40a.html)

EINHORN, Robert (2005): "Overall, a success story", *Bitterlemonds-International* (<http://www.bitterlemonds-international.org>), Edition 18, N. 3, 19-5-05.

FAHMI, Nabil (2001): "Prospects for arms control and proliferation in the Middle East", *The Nonproliferation Review*, Summer-2001.

FRANCIS, Céline (2005): *La crise du régime de non-prolifération*, Note d'Analyse, GRIP, 26-7-05.

GARRIDO, Vicente (2005): "La Conferencia de Revisión del TNP: entre el desarme y la no proliferación", *ARI*, N. 22, Real Instituto Elcano, Jun-05, pp. 17/23.

GARRIDO, Vicente (1995): *España y el Magreb; percepciones de seguridad. El caso de la no-prolifерación nuclear*, Documento de Trabajo núm. 11. Madrid: Centro de Investigación para la Paz (CIP)

HERSH, Seymour (1991): *The Samson option: Israel's nuclear arsenal and American foreign policy*. New York: Random House

HITTERMAN, Joost R. (2005): "Iran's nuclear posture and the scars of war", *Middle East Report Online*, 18-1-05.

INBAR, Efrain (1996) "Contours of Israel's new strategic thinking", *Political Science Quarterly*, Vol. 111, N. 1, pp. 41/64.

KAREM, Mahmoud (1995): "The Middle East existing status of regional efforts and arrangements", *Arms control and security in the Middle East and the CIS republics*. Athens: Theodore A. Couloumbis/Thanos P. Dokos eds., ELIAMEP PP. 95/120.

KERR, Paul (2004): "The Iran nuclear crisis: a chronology", *Arms Control Today*, Dec-04.

KILE, Shanon N. & HANS M. Kristensen (2005): "World nuclear forces", *SIPRI Yearbook 2005*, Oxford University Press.

MCNAMARA, Robert (2005): "Apocalipsis no", *Foreign Policy* (edición en español), N.9, Jun-Jul/05.

NUÑEZ, Jesús A. (2005): *Las relaciones de la UE con sus vecinos mediterráneos*. Enciclopedia del Mediterráneo. Barcelona: Icaria editorial-CIDOB Edicions.

NUÑEZ, Jesús A. (1999): "La no-proliferación de armas de destrucción masiva en el Mediterráneo: un reto para la seguridad regional", en *Un estudio sobre el futuro de la no-proliferación*. Monografías del CESEDEN, N. 30. Madrid : CESEDEN/ Ministerio de Defensa. PP.99/122.

PERKOVICH, George; MATHEWS, Jessica T.; CIRINCIONE, Joseph; GOTTEMOELLER, Rose; WOLFSTHAL, John B. (2005): *Universal compliance. A strategy for nuclear security*, Carnegie Endowment for International Peace, March-2005.

PETERS, Joel (1994): *Building bridges. The Arab-Israeli multilateral talks*, Londres: The Royal Institute of International Affairs

QUILLE, Guerrard (2005): "The EU strategy against the proliferation of WMD: past, present and future", *European Security Review*, N. 25.

RAVENEL, Bernard (1996) "Israel, futur gendarme nucléaire au Proche-Orient?", *Confluences Méditerranée*, N. 18, pp. 125/134.

ROSHANDEL, Jalil (1996): "Iran", *Nuclear weapons after the Comprehensive Test Ban*, (Eric Arnett, ed.), SIPRI, Oxford U. Press, pp. 55/61.

SAMORE, Gary (ed.) (2005): *Iran's strategic weapons programmes. A net assessment*, Strategic Dossier, IISS, Sep-05.

SHAKER, Mohamed I. (2004): "The Middle East Issue: Possibilities of a Nuclear-Weapons-Free Zone," *Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en la América Latina y el Caribe (OPANAL)*, <http://www.opanal.org/Articles/Aniv-30/shaker.htm>

STEINBERG, Gerald M. (2005): "On the edge of extinction", *Bitterlemonds-International* (<http://www.bitterlemonds-international.org>), Edition 18, N. 3, 19-5-05.

STEINBERG, Gerald M. (1994): "Middle East arms control and regional security", *Survival*, Vol. 36 N. 1, pp. 126/141.

TARZI, Amin (2004): "The role of WMD in Iranian security calculations: dangers to Europe", *MERIA*, Vol. 8, N. 3.

WALKER, William (2000): "Nuclear order and disorder", *International Affairs*, Vol. 70, N. 4.

ZIBAKALAM, Sadegh (2005): "Iran and the NPT", *Bitterlemonds-International* (<http://www.bitterlemonds-international.org>), Edition 18, N. 3, 19-5-05.

ZISSER, Eyal (2004): "Syria and the question of WMD", *MERIA*, Vol. 8, N. 3.

Informes

AIEA (1-6-2004): *Informe sobre Irán*
(<http://www.fas.org/nuke/guide/iran/iaea0604.pdf>).

Unión Europea (2003): *EU strategy against proliferation of weapons of mass destruction*, Consejo Europeo (12-12-03),
(<http://ue.eu.int/uedocs/cmsUpload/st15708.en03.pdf>).

Estadísticas/Bases de Datos

A Chemical Weapons Atlas -
http://www.thebulletin.org/article.php?art_ofn=so97hogendoorn

WMD Hot Documents -
<http://www.globalsecurity.org/wmd/hotdocs.htm>

Countries of Nuclear Concern (SIPRI) - <http://projects.sipri.se/nuclear/cns-cindex.htm>

WMD Around the World (FAS) -
<http://www.fas.org/nuke/guide/index.html>

ISIS Country Studies - <http://www.isis-online.org/publications/index.html#country>

Middle East Military Balance (Jaffe) - <http://www.tau.ac.il/jcss/balance/>

Treaty Overview (UN) - <http://disarmament.un.org:8080/TreatyStatus.nsf>

Organizaciones de interés

Arms Control Association - <http://www.armscontrol.org/>

Australia Group - <http://www.australiagroup.net/>

Bulletin of the Atomic Scientists – www.thebulletin.org

Carnegie Endowment for International Peace (Proliferation: WMD) -
www.basicint.org/nuclear/nucindex.htm

CDISS - http://www.mideasti.org/countries/countries_main.html

Center for Arms Control and Non-Proliferation – <http://www.armscontrolcenter.org>

Federación de Científicos Americanos – www.fas.org

Global Security – <http://www.globalsecurity.org>

Jaffe Center for Strategic Studies - <http://www.tau.ac.il/jcss/index.html>

Monterey Institute of International Studies - <http://cns.miis.edu/>

Nuclear Threat Initiative - <http://www.nti.org/>

Nuclear Suppliers Group - <http://www.nuclearsuppliersgroup.org/>

Proliferation Security Initiative -
<http://www.globalsecurity.org/military/ops/psi.htm>

Saban Center (Brookings Inst) -
http://www.brookings.edu/fp/saban/sabancenter_hp.htm

Stratfor - <http://www.stratfor.com>

UN Disarmament: WMD - <http://disarmament2.un.org/wmd/>

Washington Institute for Near East Policy -
www.washingtoninstitute.org/

VII. Anexos

Tabla 1. Países mediterráneos en tratados de armas biológicas y químicas

	<i>País</i>	<i>BWC (1972)</i>	<i>CWC (1993)</i>
Magreb	Argelia*	F (2001)	F (1993)
		D (2001)	D (1995)
	Libia	D (1982)	D (2004)
	Mauritania*	SPF	F (1993)
			D (1998)
	Marruecos*	F (1972)	F (1993)
		D (2002)	D (1995)
Túnez*	F (1972)	F (1993)	
	D (1973)	D (1997)	
Oriente Próximo	Egipto*	F (1972)	SPF
	Israel*	SPF	F (1993)
	Jordania	F (1972)	D (1997)
		D (1975)	
	Líbano	F (1972)	SPF
D (1975)			
Siria*	F (1972)	SPF	
Oriente Medio	Irán*	F (1972)	F (1993)
		D (1973)	D (1997)
	Arabia Saudí	F (1972)	F (1993)
		D (1972)	D (1996)
	Yemen	F (1972)	F (1993)
D (1979)		D (2000)	

* = Miembro de la Conferencia sobre Desarme de la ONU.

F = Firmado; **D** = Depositado; **SPF** = Sin Participación Formal

BWC: Convención sobre la prohibición del desarrollo, producción y almacenamiento de armas biológicas y toxinas y sobre su destrucción.

CWC: Convención sobre la prohibición del desarrollo, producción, almacenamiento y uso de armas químicas y sobre su destrucción.

Fuentes: UNTD, FAS, NTI⁶⁷

67. Para los nombres completos y sitios Web de las fuentes citadas en las tablas, véase listado al final de la bibliografía.

Tabla 2. Situación de Programas de Armas Biológicas y Químicas

	<i>País*</i>	<i>Biológico</i>	<i>Químico</i>
Magreb	Argelia	Desconocido	Posible
	Libia	Investigación; posible producción	Conocido
O.Próximo	Egipto	Investigación; Sin evidencia de producción	Probable
	Israel	Investigación; posible producción	Probable
	Siria	Investigación; posible producción	Conocido
O.Medio	Irán	Probable	Conocido

* Países sin programas significativos: Mauritania, Marruecos, Túnez, Jordania, Líbano, Arabia-Saudi y Yemen.

Explicación de Categorías⁶⁸

Conocido: el Estado ha publicado sus capacidades o existe evidencia clara.

Probable: el Estado ha sido identificado pública y oficialmente como poseedor o productor de armas químicas o biológicas.

Posible: el Estado es identificado generalmente como posible poseedor de armas químicas o biológicas.

Investigación: Labores de investigación, sin haber llegado a producir armas en cantidades significativas.

Fuentes: CNS, FAS, JCSS, NTI

68. Terminología usada por CNS, <http://cns.miiis.edu/research/cbw/possess.htm>

Tabla 3. Posición de países mediterráneos en el área de la No Proliferación Nuclear

	<i>País</i>	<i>TNP (1968)</i>	<i>AIEA</i>	<i>I-AP (1997)⁶⁹</i>	<i>CTBT (1996)</i>
Magreb	Argelia*	D (1995)	M (1963)	A (2004)	F (1996) D (2003)
	Libia	F (1968)			F (2002)
		D (1975)	M (1963)	F (2004) ⁷⁰	D (2004)
	Marruecos*	F (1968)			F (1996)
		D (1970)	M (1957)	F (2004)	D (2000)
Túnez*	F (1968)			F (1996)	
	D (1970)	M (1957)	A (2005)	D (2004)	
Oriente Próximo	Egipto*	F (1968)			
		D (1981)	M (1957)	SPF	F (1996)
	Israel*	SPF	M (1957)	SPF	F (1996)
	Jordania	F (1968)			F (1996)
		D (1970)	M (1966)	V (1998)	D (1998)
	Líbano	F (1968)			
D (1970)		M (1961)	SPF	SPF	
Siria*	F (1968)				
	D (1968)	M (1963)	SPF	SPF	
Oriente Medio	Irán*	F (1968)			
		D (1970)	M (1958)	F (2003) ⁷¹	F (1996)
	Arabia Saudí	D (1988)	M (1962)	SPF	SPF
	Yemen	F (1986)			
D (1979) ⁷²		M (1994)	SPF	F (1996)	

* = Miembro de la Conferencia sobre Desarme de la ONU.

F = Firmante; **D** = Depositado; **M** = Miembro; **V** = En Vigor; **A** = Aprobado;

SPF= Sin Participación Formal

TNP: Tratado de No Proliferación de armas nucleares.

CTBT: Tratado de Prohibición Completa de Ensayos Nucleares.

AIEA: Agencia Internacional de la Energía Atómica.

I-AP: Protocolo Adicional del TNP.

Fuentes: IAEA, UNTD, FAS, NTI

69. Los protocolos adicionales de la AIEA de cada país requieren la aprobación por parte de su Consejo de Gobernadores, lo que da paso a su firma y, posteriormente, a su entrada en vigor. Si en las tablas se especifica que ha entrado en vigor, esto implica, evidentemente, que se han cumplido los dos primeros pasos.

70. Libia ha prometido desbloquear el proceso para la aprobación de su protocolo adicional, pendiente de entrada en vigor.

71. Irán ha prometido desbloquear el proceso para la aprobación de su protocolo adicional, pendiente de entrada en vigor.

72. Depositado ante el gobierno de la Federación Rusa (en 1979, la URSS). En 1986, Yemen también lo depositó ante el gobierno del Reino Unido y Irlanda del Norte.

Tabla 4. Situación global de países mediterráneos en ADM

	<i>País</i>	<i>Biológico</i>	<i>Químico</i>	<i>Nuclear</i>	<i>Mísiles Balísticos</i>
Magreb	Argelia	Investigación	Desarrollo?	Investigación	No
	Libia	Desarrollo	Desplegado	U: 1987	Investigación ⁷³
					Sí
	Mauritania	Ninguna	Ninguna	Ninguna	No
	Marruecos	Ninguna	Ninguna	Ninguna	No
Túnez	Ninguna	Ninguna	Ninguna	No	
Oriente-Próximo	Egipto	Desarrollo?	Reservas		
			U: 1963-67	Investigación	Sí
	Israel	Capacidad Producción	Capacidad Producción	Desplegado	Sí
	Jordania	Ninguna	Ninguna	Ninguna	No
	Líbano	Ninguna	Ninguna	Ninguna	No
Siria	Desarrollo?	Desplegado	Investigación	Sí	
Oriente-Medio	Irán	Desarrollo	Desplegado		
			U: 1984-88	Desarrollo	Sí
	Arabia-Saudí	Ninguna	Ninguna?	Investigación?	Probablemente
	Yemen	Ninguna	Ninguna?	Ninguna	Sí

Explicación de Categorías⁷⁴:

Desplegado - Armas nucleares, químicas o biológicas integradas en las fuerzas armadas y operativas.

Reservas - Producción de cantidades significativas de ADM, pero sin estar integradas en las fuerzas armadas para su uso inminente.

"Weaponization" - En proceso de integración en las fuerzas armadas para su uso.

Capacidad de Producción - Capaz de producir ADM, sin haber producido cantidades significativas.

En Desarrollo - Actividades para desarrollar su capacidad de producción.

Investigación - Actividades con uso doble (civiles, aunque con potencial de ser usado para fines militares).

U - Usado.

Fuentes: CNS, JCSS

73. Actualmente parado.

74. Terminología usada por CNS, <http://cns.miiis.edu/research/wmdme/capable.htm>

Tabla 5. Arsenales biológicos y químicos

	<i>País*</i>	<i>Biológicos</i>	<i>Químicos</i>
N.-África	Libia**	- Desconocido	- Mostaza - Sarín - Tabún - Lewisite
Oriente Próximo	Egipto	- Micotoxinas - Virus de la fiebre del Valle del Rift - Toxina tetánica - Virus de la encefalitis	- Mostaza de azufre - Mostaza de Nitrógeno Fosgene - Cianuro de Hidrógeno - Sarín - VX - Glicolate psicotomimético
	Israel	- Desconocido	- Desconocido
	Siría	- Ántrax - Toxina Botulinium - Ricin	- Mostaza - Sarín VX
Oriente Medio	Irán	Acceso a: - Bacillus anthracis (ántrax) - Yersinia pestis (plaga) - Aflatoxin - Variola mayor (smallpox) - Ricino - Otros patógenos más, teóricamente usados como arma	- Mostaza - Sarín - Cianuro de Hidrógeno - Cloruro de cianógeno - Fosgene - Gas de cloro - Agentes nerviosos-Serie V

* Países que se cree no disponen de reservas significativas: Argelia, Mauritania, Marruecos, Túnez, Jordania, Líbano, Arabia Saudí, Yemen.

** En proceso de destrucción.

Fuentes: CDI, CNS, JCSS

Tabla 6. Programas Nucleares y Capacidades

	<i>País</i>	<i>Programa</i>	<i>Capacidad</i>	<i>P.*</i>
Magreb	Argelia	Se sospecha intenciones; no identificado	Reactor de 15Mw (Al Salam), (probablemente actualizado hasta 40 Mw) ⁷⁵ . Se dice que sirve a un programa de armamento nuclear clandestino	No
	Libia	Terminado recientemente (anunciado)	Arsenal no identificado, aunque posee un programa avanzado (chino). Actualmente la infraestructura se está siendo desmontada por Estados Unidos y el Reino Unido bajo la supervisión de la AIEA	Sí
Oriente Próximo	Egipto	Programa considerado terminado antes de 1970 ⁷⁶	Dos reactores de investigación ⁷⁷ y un reactor nuclear en construcción	No
	Israel	Estado con Armas Nucleares ⁷⁸ ; (indicios de programa para desarrollar capacidad de segundo ataque desde el mar)	100-200 artefactos explosivos nucleares, posiblemente algunos termonucleares. Dos centros de investigación ⁷⁹	Sí
	Siria	Se sospecha intenciones, pero no identificado	Actualmente incapaz. Reactor de 30KW para investigación ⁸⁰ en Dayr al Jajar bajo salvaguarda de la IAEA	Sí
Oriente Medio	Irán	Indicios de programa activo	Investigación significativa ⁸¹ Cinco reactores de investigación Dos reactores en construcción Reactor Bushehr	Sí
	Arabia-Saudí	Se sospecha intenciones ⁸²	-	No

*En posesión de plutonio o equivalente
Fuentes: FAS, JCSS, ISIS, NTI, Perkovich et al. (2005), SIPRI

75. JCSS, <http://www.tau.ac.il/jcss/balance/Algeria.pdf>

76. Sin embargo, en 2004 la AIEA reveló el descubrimiento de partículas inexplicadas de plutonio en los alrededores de una instalación nuclear egipcia, el origen del cual está siendo actualmente investigado. Además, hay algunas pruebas de contactos clandestinos nucleares con Libia desde 2002. (Fuente: NTI)

77. Reactor de investigación de agua ligera de 22Mw, suministrado por Argentina; reactor de investigación, de procedencia soviética, de 2Mw.

78. El programa está activo desde los años cincuenta, controlado por la Comisión de Energía Nuclear de Israel (IAEC) y basado en el Centro de Investigación Nuclear del Negev, en Dimona (32-40Mw) y el Centro de Investigación Nuclear de Soreq (5Mw), cerca de Tel-Aviv.

79. Existen estimaciones muy diversas, dada la falta de información oficial. La cifra indicada está basada en conclusiones de Cirincione (2002:221).

80. Tratado firmado con Rusia sobre un reactor de 24Mw. Los contratos con China, sobre un reactor de 27kw, y con Argentina, sobre un reactor de investigación de 3Mw, han sido probablemente cancelados. (Fuente: JCSS).

81. Incluyen el Centro de Investigación Nuclear en Teherán (TNRC), el Centro de Tecnología Nuclear de Isfahan (ENTC), el Centro de Investigación Nuclear de Agricultura y Medicina y el Centro de Investigación de Beneficiación e Hidrometalurgia.

82. El 16 de junio de 2005, Arabia Saudí firmó con la AIEA el Protocolo de Pequeñas Cantidades, sin despejar las sospechas sobre sus intenciones en el terreno nuclear (véase, por ejemplo, Dvali, 2004).

Tabla 7. Instalaciones Nucleares

	<i>País</i>	<i>Reactor/Instalación</i>	<i>Capacidad</i>	<i>Sitio</i>
Magreb	Argelia	Reactor nuclear	15Mw (posiblemente 40Mw)	Ain Oussera
		Reactor de investigación	1Mw	Draria
	Libia	Reactor de investigación	10Mw	Tajura
Oriente	Egipto	Reactor de investigación	22Mw	Inshas
Próximo	Israel	Reactor de investigación	2Mw	Inshas
		Reactor nuclear (agua pesada)	150Mw	Dimona
		Instalación reprocesadora de plutonio	-	Dimona
	Siria	Reactor de investigación	5Mw-	Soreq
		Reactor de investigación	-	Damasco
Oriente	Irán	Reactor de investigación	5Mw	Isfahan
Medio		Reactor de investigación	30Kw	Teherán
		Reactor nuclear (en construcción)	1.000Mw	Bushehr
		Instalación de enriquecimiento de uranio	-	Natanz
		Instalación de producción de agua pesada	-	Arak

Seleccionados: países con instalaciones significativas

Fuentes: CNS, GlobalSecurity.org, JCSS, NTI

Tabla 8. Misiles

	<i>País*</i>	<i>Balística</i>	<i>Crucero</i>	<i>En Desarrollo</i>	
Magreb	Libia	Scud-C Variante ⁸³	SS-N-2c Styx	Al Fatah (Ittisslat)	
		100 Scud-B SS-21 Scarab	Otomat Mk2 Exocet (AM-39)		
Oriente Próximo	Egipto	100+ Scud-B ~490 Project T	AS-5 Kelt Harpoon AS-1 Kennel HY-2 Silkworm Otomat Mk1 FL-1 Exocet (AM-39) SS-N-2a Styx	Scud-C variante Vector	
		Israel	~50 Jericho 1 ~50 Jericho 2 Lance Misiles Shavit SLV	Harpy UAV Delilah/STAR-1 UAV Gabriel-4 Harpoon Popeye Turbo ⁸⁴	SLV modernización no confirmado: Programa Jericho 3
			Siria	60-120 Scud-C Hasta 200 Scud-B 200 SS-21 Scarab Scud-D ⁸⁵	SS-N-3b Sepa SS-N-2c Styx Tupolev Tu-243 UAV Malachite UAV
	Oriente-Medio	Irán	200-300 Shehab-1 (Hwasong-5, Scud-B) 100-150 Shehab2 (Hwasong-6, Scud-C) 25-100 Shehab-3 (Nodong) 1-5 Shehab 4/5 Prototipos	R-17E (Scud B) Harpoon SS-N-22 Sunburn HY-2 Silkworm YJ-2/C-802 AS-9 Kyle AS-11 Kilter	HY-4/C-201 Shabab-3 Shabab-4
			Arabia-Saudí	60 CSS-2 ⁸⁶ "East "Wind" ⁸⁷	
Yemen			18 Scud-B 24 SS-21 Scarab	SS-N-2b Styx	

* Seleccionados: países con programas de misiles balísticos o arsenales, excepto Francia.
Fuentes: ACA, CNS, GlobalSecurity.org, JCSS, NTI

83. Según JCSS, "han sido eliminados" los misiles Scud-C (<http://www.tau.ac.il/jcss/balance/Libya.pdf>).

84. Lanzados desde submarino, capaces de llevar cabezas nucleares.

85. Operativo según GlobalSecurity.org: (<http://www.globalsecurity.org/wmd/world/syria/missile.htm>).

86. También referidos como DF3.

87. Operativos según *Flight international* (6-12 June 90). P 12-13

Gráfico 1. Alcance de misiles de países seleccionados

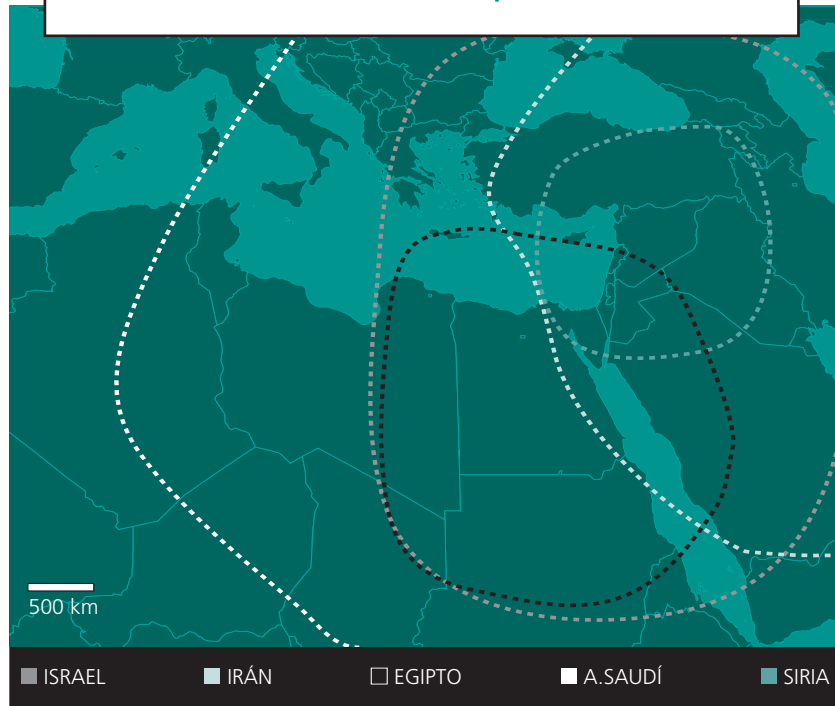


Tabla 9. Indicadores Financieros Militares

<i>País</i>	<i>Indicador</i>	<i>1999</i>	<i>2000</i>	<i>2001</i>	<i>2002</i>	<i>2003</i>
<i>Magreb</i>						
<i>Argelia</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	1,88	1,93	2,1	2,2	ND
	<i>Crecimiento real (%)</i>	2,7	2,65	8,8	4,8	ND
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	3,45	3,51	3,75	3,32	ND
<i>Libia</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	1,09	1,08	1,37	1,45	ND
	<i>Crecimiento real (%)</i>	7,9	-0,91	26,85	5,83	ND
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	3,2	3,8	7,17	6,8	ND
<i>Marruecos</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	1,42	1,38	1,39	ND	ND
	<i>Crecimiento real (%)</i>	7,5	-2,9	0,7	ND	ND
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	4,0	3,9	3,9	ND	ND
<i>Túnez</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	0,36	0,32	0,32	ND	ND
	<i>Crecimiento real (%)</i>	-2,7	-16,6	0	ND	ND
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	1,7	1,6	1,6	ND	ND
<i>Oriente Próximo</i>						
<i>Egipto⁸⁸</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	2,46	2,61	2,75	ND	ND
	<i>Crecimiento real (%)</i>	0	-8,3	2,56	ND	ND
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	2,48	2,59	3,35	ND	ND
<i>Israel</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	8,54	8,23	8,93	8,87	9,84
	<i>Crecimiento real (%)</i>	-0,35	-3,63	8,5	-0,67	10,93
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	8,38	8,05	7,93	8,03	9,59
<i>Jordania</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	0,72	0,75	0,76	0,78	0,84
	<i>Crecimiento real (%)</i>	5,6	4,2	1,3	2,6	7,7
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	8,8	8,9	8,5	8,2	8,3
<i>Líbano</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	0,88	0,92	0,81	0,82	ND
	<i>Crecimiento real (%)</i>	5,44	4,5	-11,9	1,2	ND
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	3,5	5,7	4,8	4,6	ND
<i>Siria</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	1,0	1,07	1,33	1,35	1,6
	<i>Crecimiento real (%)</i>	0	7,0	24,3	1,5	18,5
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	5,6	5,5	6,4	6,2	7,2
<i>Oriente Medio</i>						
<i>Irán</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	1,64	2,71	3,62	4,34	6,08
	<i>Crecimiento real (%)</i>	-15	65,2	33,6	19,9	40,1
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	3,0	3,8	4,3	3,7	4,6
<i>Arabia Saudí</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	20,0	21,14	18,7	19,1	ND
	<i>Crecimiento real (%)</i>	13,6	5,3	1,4	2,1	ND
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	10,6	11,5	9,8	8,9	ND
<i>Yemen</i>	<i>Gasto Defensa (miles millones\$)</i>	0,4	0,44	0,42	ND	ND
	<i>Crecimiento real (%)</i>	0	10,0	-4,5	ND	ND
	<i>Gastos defensa/PIB (%)</i>	5,6	5,4	6,1	ND	ND

ND: No disponible
Fuentes: JCSS, IMF, SIPRI

88. Los datos publicados del gasto en defensa, aparentemente, no incluyen los 1.300 millones de dólares anuales de asistencia militar extranjera de los Estados Unidos

Fuentes de las tablas

Sigla	Nombre	Sitio Web
ACA	Arms Control Organization	www.armscontrol.org
CNS	Center for Nonproliferation Studies	cns.miss.edu
CDI	Center for Defense Information	www.cdi.org
FAS	Federation of American Scientists	www.fas.org
GlobalSecurity.org	Global Security.org	www.globalsecurity.org
IAEA	International Atomic Energy Agency	www.iaea.org
IMF	International Monetary Fund	www.imf.org
ISIS	Institute for Science and International Security	www.isis-online.org/
NTI	Nuclear Threat Initiative	www.nti.org
SIPRI	Stockholm International Peace Research Institute	www.sipri.org
UNTD	United Nations Treaty Database	untreaty.un.org